

# PREMIO LITERARIO SAR 2025

60° Aniversario  
Sociedad Argentina de Radioprotección





## Comisión Directiva de la SAR 2025-2027

Alejandro A. Leciñana Blanchard

*Presidente*

Lucía Valentino

*Vicepresidenta*

Nora A. Mohamad

*Secretaria*

Enrique Cinat

*Prosecretario*

Ayelén Maggiolo

*Tesorera*

Marina Di Giorgio

*Protesorera*

Rubén Reyes

*Vocal 1º*

Ayelén Giomi

*Vocal 2º*

### ***Órgano Fiscalizador***

Nélida Serdeiro

Laura B. Castro

Gustavo Díaz

Stella Maris Zárate

Maricruz Caruso



Sociedad Argentina de Radioprotección  
Av. del Libertador 8250 Of. 122 C1429BNP  
CABA - República Argentina  
Teléfono +54 11 4704 1472  
<<https://radioproteccionsar.org.ar>>

Esta publicación tiene como objetivo difundir las obras premiadas y las que recibieron menciones en el Concurso “Premio Literario SAR 2025”. No está destinada a la comercialización.

Fecha de publicación: febrero de 2026

Edición: Rosina Balboa

## ÍNDICE

|              |   |
|--------------|---|
| PRÓLOGO..... | 7 |
|--------------|---|

**Alejandro A. Leciñana Blanchard**

*Presidente de la SAR*

### OBRAS PREMIADAS

#### *Primer premio*

|                      |    |
|----------------------|----|
| Mitzschelsztein..... | 13 |
|----------------------|----|

**Lautaro Romero**

#### *Segundo premio*

|                              |    |
|------------------------------|----|
| El delantal de mi madre..... | 22 |
|------------------------------|----|

**Alejandro Dinamarca**

#### *Tercer premio*

|                        |    |
|------------------------|----|
| El rayo indomable..... | 33 |
|------------------------|----|

**Facundo Bertera**

### MENCIONES

|                                 |    |
|---------------------------------|----|
| La sala que brilla sin luz..... | 39 |
|---------------------------------|----|

**María Antonella Dorigutti**

|                         |    |
|-------------------------|----|
| El aula y la placa..... | 44 |
|-------------------------|----|

**Jenny Milagros Conchucos Almandos**

|                    |    |
|--------------------|----|
| Luz que calla..... | 52 |
|--------------------|----|

**Horacio Alberto Calcagno**

|                   |    |
|-------------------|----|
| Lo escondido..... | 59 |
|-------------------|----|

**Valentina Nuné Vicentini**

|                               |    |
|-------------------------------|----|
| Silencio en tonos azules..... | 64 |
|-------------------------------|----|

**Noelia Belén Ludueña**

|                    |    |
|--------------------|----|
| Fluorescencia..... | 67 |
|--------------------|----|

**Sergio Emilio Muñoz Morales**

|                                |    |
|--------------------------------|----|
| <i>Bases del Concurso.....</i> | 75 |
|--------------------------------|----|



## PRÓLOGO

La Sociedad Argentina de Radioprotección (SAR) festejó sus 60 años de existencia en 2025. Sesenta años. Somos la Sociedad que reúne al conjunto de profesionales que acompañamos las actividades en las que se utilizan materiales nucleares y radiactivos, para disfrutar de sus beneficios y para evitar posibles efectos nocivos en quienes trabajan expuestos a ellos y en la población en general. Múltiples aplicaciones: generación de energía, diagnósticos y tratamientos médicos, usos industriales muy diversos.

Cuando propuse, como parte de la celebración por los 60 años, organizar un concurso de cuentos cuyo tema fuera “las radiaciones ionizantes” se generó un intercambio de ideas muy animado en nuestra Comisión Directiva. Mi propuesta era simple y distinta a otras: un concurso literario y no de obras de divulgación o comunicación científica. Los antecedentes son escasos: la mayoría de las obras literarias que consideran las radiaciones ionizantes las presentan en escenarios postapocalípticos, en situaciones de crisis dentro de relatos distópicos. Hay pocas excepciones; una de ellas es la de Primo Levi, quien en su libro *El sistema periódico* (1975) incluye el cuento “Uranio”.

El Concurso superó las expectativas más optimistas: recibimos 131 cuentos. Una gran alegría y, al mismo tiempo, una gran exigencia y dedicación por parte de las personas que integraron el jurado. Mi agradecimiento a ellas: Marina Di Giorgio, Rubén Novo y Antonio Oliveira, que trabajaron –y mucho– para poder decidir quiénes serían los premiados.

Este libro reúne los cuentos que recibieron los tres premios (primero, segundo y tercero) y las seis menciones otorgadas por el jurado. Seguramente muchas otras de las obras presentadas merecen formar parte de un libro de estas características. Es nuestro deseo que este Concurso haya incentivado a algunos de nuestros colegas, y también a quienes no lo son, a bucear en la expresión literaria con este tema. La humanidad utiliza los beneficios de las radiaciones ionizantes y es importante, sin duda, que la literatura pueda reflejarlo.

**Alejandro A. Leciñana Blanchard**

*Presidente*

Sociedad Argentina de Radioprotección

Diciembre de 2025





# OBRAS PREMIADAS





## MITZSCHELSZTEIN

### ***Primer premio***

Autor: Lautaro Romero

Seudónimo: Cándido Karamazov

*Científica Poética.* ¿Efectos biológicos al interior del sistema solar, o efectos solares al interior del sistema biológico?: radiaciones ionizantes, y la luz visible. Como juguetes, son interesantes los fotones: doscientos millones llegan a nosotros cada hora, pero no son problemáticos en esas cantidades. Del espacio, cien mil neutrones y cuatrocientas mil partículas de rayos cósmicos. Como cigotos de la gran placenta cósmica, el Sol es un vecino un tanto complicado. Estamos expuestos; eyecciones de masa coronal que nos obligan a cubrirnos con un manto: el de ozono, o el de plomo. Disuelven gran parte de la energía que nos dañaría, pero son finitos. Partículas genéticas asustadas tiemblan en frecuencias subterráneas, a resguardo, en el húmedo castillo genómico. Grafías radiactivas iluminan fluorescente iridiscencia espectroscópica, atravesando todos los matices: he de invitarlas al jardín mental para bailar al ritmo de ida y vuelta de una ciencia; nada más que palabras para quebrar el orden del tiempo —irradia para generar un efecto alterando la estabilidad del sistema—. Los días transcurren iguales, pero afecciones diferentes alteran la escalera ribonucleica; núcleos se disuelven en originarios fractales de polvo estelar. Pero hay algo que me intriga: aquel campo de fuerzas que me empuja más allá de la evidencia. Debo adecuarme con las protecciones necesarias; en algún eje del umbral existe el punto de no retorno.

Silencio general y miradas de confusión. Yo también reaccioné así. Después de dos vasos, sacó de su mochila neuronal el tema:

—¿Conoces a Frederick Von Mitzschelsztein? —amplia biblioteca de roble de fondo.

Esto que voy a contar lo aprendí mientras conversaba con un amigo, profesor de otra universidad, apasionado de la historia. Estábamos conversando en su casa, en su biblioteca. Yo había afirmado que prácticamente no hay poética científica, y que no conocía a ningún científico poeta, más allá de Goethe y William Carlos Williams. Él pareció irritarse por mi afirmación; asumí que diría que la ciencia era una suerte de poesía en sí misma, pero dijo, en cambio, seriamente: “Por casualidad, ¿conoces a Frederick Von Mitzschelsztein?”. Dije que no. Ahora puedo contarles que fue un notable doctor en física aplicada y filosofía de las ciencias. Adhería al pensamiento anarco-epistemológico propuesto por Paul Feyerabend, que sostiene que no hay un método rígido y universal para las ciencias; según ambos, la imposición de un único método recorta la creatividad, y como la creatividad es algo humano, se anulaba la parte humana de la ciencia... aunque la posibilidad del error también es algo humano. Se dice que sabía cómo transmutar la materia a partir de la manipulación teledirigida de electrones, y se sabe mucho sobre él en ciertos ámbitos reservados de la academia, pero existe muy poca información a nivel general debido al riesgo que implicaría la difusión de sus conocimientos arcanos; sus textos son difíciles de encontrar, inclusive en internet. Hace poco, se descubrieron pruebas de su autoría respecto a unos escritos un tanto herméticos. Se cree que a través del estudio físico de la palabra hablada había descubierto una serie de vibraciones sonoras que alteraban el orden cronológico en cuanto eran pronunciadas; según sus palabras, “un fenómeno interesante de analizar, pero que es imposible de captar mediante la experiencia; reservado a los demiurgos trascendentes, o a testigos ideales”. El texto está cargado de ciencia, esoterismo y poesía, fusionando terminologías precisas y fenómenos astrofísicos o biológicos. *Científica Poética*, se titula. Dice así:

*Científica Poética.* “Una falta de linealidad nos lleva a la penumbra geométrica. Y sin embargo, ¿qué decir de aquellos cuerpos extraños endureciendo el haz de rayos? Hay también cierta aberración cromática enturbiando mi diagnóstico, sacudiendo la pantalla desde adentro, pero no puedo sino enfocar mi prisma en el ángulo mágico para evitar el truncamiento: esta es mi área controlada, donde acelero las partículas con un químico molino de viento. Soy susceptible al movimiento, tanto voluntario como involuntario; resonancias del artefacto magnético en dosis supervisadas por la autoridad regulatoria de un área no rutinaria. Práctica específica de la entidad responsable, una optimización del permiso individual para practicar el plan de emergencia. Responsable primario de la restricción de dosis; exposición médica a la secuencia accidental —exposición potencial a la fuente de radiación—. Un batracio, antropomórfico e inestable, me dijo: ‘¿Todavía no escuchaste nada sobre mutaciones y mutilaciones celulares consecuentes al gran cañón de desintegración gamma?’; más de doce mil mSv garantizan limpia disolución del plano material, gracias a toneladas de plasma radiactivo galopando fibras espaciales a millones de kilómetros por segundo. Combustión inmediata de los átomos. Ante semejante amenaza, resulta necesario calmar un poco a la conciencia con un mantra: mantener la dosis adecuada, según la órbita personal, de efectos estocásticos. Cuídese de interacciones superiores al umbral de tolerancia. Y si no puede cuidarse, ¡exclusiva oferta!: bloques de plomo, de 3 metros por 5. Aproveche este blindaje ideal... ¡ya mismo!”

—Exacto. También en medicina nuclear, radioterapia; en industrias, en la investigación científica, en reactores nucleares, o en seguridad. Cuando las personas trabajan con este tipo de radiaciones de forma frecuente, podrían existir daños. Para protegerse de estas radiaciones, existen estándares internacionales y regulaciones locales; todas están basadas en recomendaciones de la comisión internacional de protección radiológica, cuyo objetivo principal es “evitar la aparición de efectos biológicos deterministas y limitar al máximo la probabilidad de aparición de los efectos probabilísticos o estocásticos”. Los efectos deterministas

implican que la dosis de radiación supere un umbral mínimo, mientras que, en el caso de los estocásticos, cualquier dosis implica cierto riesgo —otro sorbo breve al vaso.

—Un concepto fundamental en la protección radiológica es el principio “ALARA”, cuyas siglas significan... —se incorporó para escribir en el pizarrón, en grande:

“As Low As Reasonably Achievable” /

“tan bajo como sea razonablemente plausible”.

Este afirma que todas las exposiciones a radiación deben ser mantenidas en niveles tan bajos como se pueda, contemplando factores socioeconómicos. A su vez, este principio se fundamenta a partir de directrices básicas en lo que a la protección radiológica refiere, a saber: 1) Toda práctica que involucre radiación ionizante debe demostrar que hay más beneficio asegurado que daño probable. 2) Las acciones deberán realizarse de la mejor forma posible según la tecnología y el conocimiento humano. 3) La dosis de radiación que pudiera recibir un individuo, o más de uno, no debe exceder los límites establecidos. ¿Alguna pregunta?

*Científica Poética.* “Pharmacon: ¿remedio o veneno? O, lo que es decir, una tecnología ambivalente: ¿radioterapia o sobreexposición? Un pedazo de protección radioadaptativa señalándome el mal tiempo, la idea de tormentas me atormenta; mil fotografías de translocación, todas corrompidas por inexplicables vibraciones ultrasónicas. Hemos dado un buen diagnóstico, a costo del paciente. Con la transmutación de su cuerpo a un bloque macizo de plomo, hemos generado un buen blindaje. Me dijeron en Harvard: ‘Fíjese aquí, Doctor, hubo un error verde, uno muy agudo y muy grave en la almendra’; quizás, en la dosificación de la luciérnaga controlada, donde iluminaba por contraste la frialdad del colorante azul, el secreto en la pantalla, visible como un canto del ruiseñor. Evaluando clínicamente posibilidades, notaste cierta inestabilidad

subatómica en las audaces luces del ovillo estrellado; trepado a las luminarias, observas pistas intradérmicas; te sueltas, caes sobre la camilla con tu bisturí, de lleno a trastocar los canalículos linfáticos, equilibrando la hipoplasia. Con la aguja de lana, y cigarrillo a modo de jeringa: una cantidad de aguas del tiempo en la pared salpicada de ocre. Siempre a distancia ideal, aunque persiguiéndote la pimienta nocturna que arranca escalones ribonucleicos en todo el subcutáneo y el cutáneo, y esmeraldas dañadas se replican bajo la corteza de la noche, y según se comenta un paciente quedó azul pitufo a causa de una dosis de contraste algo alta, y su cama deshecha. Se reducen los minutos, hay que ser eficiente. Fui un dormido, de pierna caída, al que la gravedad hormigueaba. Tocando casi el borde del suelo del sueño, las campanas y alarmas se activaron como chorros de la luna de esperanza.”

Las letras brillan a través de los párpados. Bórica escritura: cinco protones por acá, cinco electrones por allá, y un armónico equilibrio entre los párrafos. Química poética y una eléctrica clase. Radica un núcleo desde donde todo se origina y se disuelve; momentos fragmentados que se ordenan en la narrativa. Estas palabras no siguen el tiempo. No estás leyendo una historia lineal. No hay flecha para perseguir. Un tiempo recortado, en cambio; pronunciando estas palabras, con sinapsis neuronales te otorgo los laureles, denotando tus cualidades de un demiurgo; pero se me cruzan los cables, y los laureles son cardos, en cambio. Atento al rayo silábico que habilita la maleabilidad temporal. Constelación de los ecos de todos los tiempos, reverberaciones fragmentadas que se cruzan: Frederick Von Mitzschelszteín a través del infinito instante de la existencia. En sus manos las palabras, solo pronunciarlas, y el orden se disuelve y el tiempo se deshace y se rehace; figuras de arena en el escritorio. Se observa así que existe un vórtice temporal: la lectura del texto es efectiva; los participantes no pueden saberlo, porque pertenecen al plano de la experiencia. El testigo, sin embargo, puede notar que algo no concuerda: fragmentos mezclados de una aparente linealidad. La palabra puede impactar directamente sobre el núcleo celular, con la probabilidad de inducir mutaciones sobre el ADN a través de un

mecanismo de ionización que, al aumentar la dosis, arroja radicales libres. A través de la historia, mucho se ha hablado de Mitzschelsztein; por cada dato verdadero, existen más de quinientos datos erróneos o falsos. Cuando se habla de él, es imposible no pensar en una literatura radiactiva. Palabras como ondas que corroen estructuras —las del tiempo y el espacio—; fragmentaria expresión de una desintegración constante. Cada letra es un fotón capaz de provocar la gran implosión atómica. Pero hay que arriesgarse; ¿quién podría pedirle claridad y facilidad a una vibrante inestabilidad experimental, o explicaciones técnicas sencillas para el gran misterio universal?

—De acuerdo con el programa, hoy tendríamos que hablar de fisión nuclear, pero eso será la próxima semana. La clase pasada fue sobre radiación ionizante. En el día de hoy hablaremos sobre algo que nos quedó sin mencionar, que son las medidas de protección respecto a la misma. Me voy a servir un poco de agua, y podemos empezar —largo sorbo al vaso—. ¿Alguien me puede recordar qué es la radiación ionizante?

Silencio. Se miran entre sí. Alguien alza la mano; afirmo con la mirada. Lee: “La radiación ionizante es un tipo de energía liberada por átomos en forma de radiación electromagnética, que serían los rayos gamma o rayos X, o partículas, que serían alfa y beta, o neutrones”.

—Exacto. Entonces, como dijimos antes, las radiaciones ionizantes tienen suficiente energía como para arrancar electrones de los átomos o moléculas, es decir, ionizarlas. A nivel celular, esto puede alterar la estructura química y causar daños severos. Sin embargo, en dosis habituales, la exposición no tiende a resultar problemática. Pero como ya sabrán, existen personas que trabajan con esto. ¿Alguien sabe en qué se utilizan?

*Científica Poética.* “Hay seis desoxirribonucleicos extraviados en la respuesta inmune, y otras empiricidades ideadas. Escanean mi biología con el ojo

magnético, y me nace una respuesta antiinflamatoria: empiezo a controlar la vibración de mi campo energético y contacto un puñado de asociados a través del micelio subterráneo que enhebra el sólido vibrato unificado del cosmos entero. Los contadores estallan, y me vuelvo genéticamente radiactivo. Se puede decir que, desde ciertos impulsos a nivel molecular, yo era una pequeña sardina recientemente roncadora. Pero, añadido: con el sol me nacen dos diferentes dosis de pequeños tiburones. Hay un factor que me interesa respecto al citoplasma: moco amniótico en el cual bucea cada núcleo, acompañado de divertículos y organelas. Jugando a la mancha plasmática, el que toca la membrana pierde. Pido gancho, y el que me afecte tiene los electrones inestables. A modo de anécdota: los maestros enseñan de pie para los niños que, al acecho del día, tienen hambre en clase. Recuerdo que una de las luces maravillosas y orgánicas, una vez me dijo, en el laboratorio psíquico: ‘Mientras auroras tu borealidad irreal, entidades radiactivas iluminan gélidos polos en un verdoso desfile plasmático. Reducirás el tiempo y cuadruplicarás tu distancia, escondido en la cueva de plomo. Pero llegará un masivo desprendimiento corolario, fragmentando el plasma ardiente en millones de millones de fractales radiactivos. Acelerando los engranajes magnéticos del universo. Aunque es especial que la secuencia de los cambios genéticos haga lo que haga, existen miles de millones de estrellas como el Sol dispersas en la existencia —basta con la vasta y galáctica Vía Láctea—. Sol, solis, solar, Helio’.”

—Más bien, querría consultar, para comprender mejor, lo siguiente: ¿cuáles serían las medidas básicas?

—Recomiendo anotar esto en tríadas. Existen tres medidas básicas en la protección radiológica —en el pizarrón:

- 1) Distancia, ya que la exposición disminuye en la misma proporción en que aumenta el cuadrado de la distancia;
- 2) Tiempo, ya que disminuir el tiempo de operación reduce también la dosis, se debe invertir el menor tiempo posible en ellas;

3) Blindaje, un espesor de material absorbente entre el operador y la fuente de radiación, que puede variar según la energía y el tipo de radiación. Y, a su vez, se pueden observar tres tipos de exposición a las radiaciones: a) Ocupacional: aquella que refiere a personas que por su actividad laboral deben interactuar con fuentes de radiación; b) Médica: los pacientes son expuestos a radiaciones en procedimientos médicos de diagnóstico o terapia; c) Pública: debido a la cercanía circunstancial o permanente de fuentes de radiación.

Eso sería todo por hoy, pueden guardar sus cosas si quieren. Nos quedaremos un poco más para conversar sobre otras cosas relacionadas. Recomiendo leer el texto de fisión nuclear para la próxima clase —saqué el libro de la mochila— ¿Por casualidad, alguien conoce a Frederick Von Mitzschelsztein?

Un ácido viento cosquillea la piel de los estudiantes mientras esperan para ingresar a la clase. Algunos grupos conversan y se ríen, y en simultáneo, pueden observarse también aquellos más introvertidos, sentados en solitario, quizás leyendo un libro o con la mirada perdida en el celular. A medida que me acerco al salón, algunos me saludan, otros corrigen la postura y adoptan una actitud más seria, y los introvertidos se incorporan con timidez, evitando la mirada. Yo también. Alguna vez joven, como ellos. Más de treinta años han pasado. ¿Mi paso a través del tiempo o el paso del tiempo a través de mí? Paso del tiempo: solo un constante devenir. Giro la llave e ingreso, escuchando el eco de los pasos pesados. Chirrido de sillas, enciendo la computadora.

—Buenas tardes. Hoy será breve, e intentaré ser claro y conciso. Voy a anotar mi correo electrónico por si alguien tiene dudas. Seguramente pueda responderlas entre mañana y pasado —Interesante. Entre mañana y pasado: solo un constante devenir. Anotó en su libreta, las letras se suceden una a una: “Entre mañana y pasado: solo un constante devenir”.

Qué pensarán. Quizás curiosidad. ¿Cómo me veré escribiendo? Sentarme: silla, o mejor el escritorio.

Aclaración: Ciertos grupos de científicos idealistas o místicos admiten que las palabras del doctor Mitzschelsztein poseen la extraña cualidad de generar toda una experiencia sensorial y conceptual mezclando lenguaje técnico con imágenes simbólicas, admitiendo que fue el único capaz de integrar ciencia y poesía para operar sobre la realidad; pero muchos positivistas y empiristas contradicen, afirmando que sus trabajos no-científicos resultaban deplorables tanteos al arte. En vida, decía ser capaz de alterar el orden cronológico, pero no existieron pruebas suficientes para afirmar semejantes conclusiones. Podrá, quizás, un testigo observar y sacar sus propias conclusiones por medio de un análisis profundo.

## EL DELANTAL DE MI MADRE

### *Segundo premio*

Autor: Alejandro Dinamarca

Seudónimo: Mario Geiger

La sala estaba encendida antes de entrar. Proyector tibio, papeles alineados, murmullos de pasillo. Me paré frente al micrófono y, antes de tocar el primer slide, respiré profundo y comencé.

—La semana pasada esta clase no ocurrió: falté. No por un congreso, ni por un corte de luz. Falté porque se murió mi madre.

No voy a mentirles: pensé en suspender también hoy. Pero en estos días, mientras ordenaba cajones y silencios, me encontré con su delantal, el de algodón barato, y me cayó encima una idea que no estaba en ningún manual. Así que hoy no voy a hablarles de lo que todos conocemos. Ustedes ya saben de dosis, de límites, de distancia, de blindajes. Hoy vengo a contarles lo que entendí en una semana dolorosa, pero de mucha reflexión.

Mi madre tenía un lema cuando el clima de la casa se electrizaba: “El agua hierve, yo no”. Se lo decía a la olla, pero en realidad era para sí misma, como quien se pone un delantal de plomo antes de entrar al cuarto de rayos. Ese delantal me enseñó más de protección que muchas láminas.

Por eso hoy voy a proponerles una serie de analogías. No para hacer poesía barata, sino para darles imágenes nuevas de cosas que ven todos los días y, por eso mismo, corren el riesgo de volverse invisibles. Empecemos por ahí:

## Slide 1 - Lo invisible

—La radiación no se ve, no huele, no brilla a simple vista. Está o no está; y cuando está, opera, aunque nadie la nombre. Las emociones fuertes funcionan igual. Tampoco se ven. A veces ni siquiera se dicen. Pero entrás a un ambiente y algo en el cuerpo —un músculo que se tensa, el aire que se vuelve espeso— te informa que hay “algo” flotando. No será un conteo Geiger, pero es una lectura.

Con mi madre aprendí que lo más peligroso no era el grito, sino el silencio cargado antes del grito. Ese preámbulo invisible que, si no te cuidás, te atraviesa. En nuestra disciplina lo llaman “dosis no medida”. En la vida, podríamos llamarlo “bronca de fondo” o “tristeza de baja intensidad”. No te tumba hoy, pero si vivís ahí, te cambia por dentro. La peor radiación —igual que el resentimiento— es la que no sabés que estás recibiendo.

¿Y cómo se reconoce lo invisible? Con instrumentos... y con atención. En el trabajo, dosímetros. En la vida, el cuerpo. Taquicardia sin escalera, mandíbula apretada, insomnio sin café; pequeñas alarmas internas que dicen “ojo, acá hay exposición”. Mi madre, sin facultad ni norma, lo hacía a su modo: abría una ventana en pleno invierno y dejaba entrar aire nuevo. No era misticismo; era protocolo casero: ventilar lo que no se ve.

Hoy les propongo que, mientras avanzamos, recuerden su propio “delantal” frente a lo invisible. ¿Qué hacen cuando el ambiente se carga y nadie lo admite? ¿Qué gesto, qué palabra, qué rutina les sirve de blindaje frente a esa irradiación muda? No se apuren en responder; déjenlo en la cabeza como un dosímetro en el bolsillo. Después lo leemos juntos.

Porque si acordamos esto —que lo invisible existe y opera— ya tenemos el primer ladrillo del puente entre nuestra práctica y nuestra vida. Y, créanme, cruzar ese puente no quita rigor: lo vuelve memorable.

## Slide 2 - La dosis

Me giré hacia la sala.

—El delantal de mi madre tenía manchas de aceite, costuras gastadas y hasta una quemadura de hornalla. Había recibido muchas dosis de rutina hogareña, de cocina, de vida. Y seguía ahí, entero. En radioprotección lo sabemos bien: una dosis mínima puede no hacer daño, incluso puede servir para diagnóstico. Pero una dosis alta, arrasa. Con las emociones pasa lo mismo. Un enojo breve puede ser útil, te da energía para marcar un límite. Pero la exposición prolongada a la hostilidad, a la bronca diaria, es como quedarse bajo un reactor abierto: te atraviesa y te cambia la sangre.

Avancé un paso, bajando el tono.

—El alma no emite clics como el Geiger, pero emite síntomas: gastritis, insomnio, cansancio que no se cura con dormir. Son las alarmas que dicen: “La dosis ya se pasó”. Igual que en nuestro trabajo, no se trata de negar la exposición, sino de controlarla.

Me apoyé en la mesa y lancé la pregunta:

—¿Cómo regulan sus dosis emocionales? ¿Qué hacen cuando sienten que su medidor interno marca en rojo?

La pantalla quedó fija en negro con una última frase, grande, simple: “Salir del área”.

### Slide 3 - Acumulación crónica

En la pantalla apareció la frase en letras grandes: “Lo que no se mide, se acumula”.

Respiré y miré a la sala.

—Sabemos que incluso las dosis bajas, si se repiten día tras día, terminan por dañar. Es la exposición crónica, esa radiación de fondo que no mata en el momento, pero que va debilitando tejidos, células, defensas.

Con las emociones pasa igual. No es el gran estallido el que más enferma: es el goteo constante. Esas críticas diarias que parecen pequeñas, esa indiferencia que se repite, esa tristeza que nunca se habla. Una y otra vez, como lluvia fina que atraviesa el paraguas.

Mi madre lo sabía. No se preocupaba tanto por un enojo fuerte, sino por los días en que el silencio en casa se instalaba como nube baja. Ahí abría todas las ventanas. Decía: “El aire se renueva o te cambia la sangre”. Era su manera de evitar la dosis acumulada.

Si pensamos en nuestras vidas, ¿cuántas dosis acumulamos sin registrar? —pregunté—. ¿Cuántas veces decimos “no pasa nada” y dejamos que el contador marque en silencio?

El auditorio estaba atento. La imagen final del slide apareció en la pantalla: “La radiación crónica es igual que la tristeza crónica: invisible, persistente, acumulativa”.

—No podemos vivir sin exposición —cerré—, pero sí podemos ventilar, cambiar rutinas, abrir ventanas internas. Porque la acumulación no se evita sola: se gestiona.

## Slide 4 - Blindajes

Debajo, una frase: “No siempre se trata de huir. A veces se trata de cubrirse bien”.

—En nuestro trabajo —comencé—, el blindaje es tan importante como la distancia o el tiempo. Muros de plomo, pantallas, delantales, cabinas. No eliminan la fuente, pero sí frenan la dosis que nos llega.

Miré al auditorio y bajé un poco la voz.

—Con las emociones pasa lo mismo. No siempre podemos alejarnos de la fuente: un jefe, una familia, un país entero que irradia tensión. Pero sí podemos cubrirnos. El blindaje puede ser un ritual, un hábito, una red de afectos.

Mi madre tenía su propio blindaje. El delantal que ya les conté. Cuando la atmósfera se ponía tóxica, no salía corriendo: se cubría. Hornear algo rico era su plomo. El aroma actuaba como barrera, levantaba otra realidad dentro de la casa. A veces, cantar mientras lavaba los platos. A veces, una risa forzada que, con el tiempo, se volvía verdadera.

El proyector mostró ahora un listado breve: “Música. Humor. Amistades”.

—Cada uno de nosotros conoce sus blindajes. Para algunos será la música; para otros, el humor; para otros, los amigos que funcionan como pantalla de plomo. Lo esencial es saber cuál es, y usarlo a tiempo. Porque nadie entra a una sala de radioterapia sin delantal, pero muchos entramos a discusiones familiares sin blindaje emocional. Y después nos sorprendemos de salir heridos: no es debilidad protegerse, es inteligencia.

Les pregunto: ¿cuál es el blindaje que usan ustedes? —cerré—. Porque la vida nos expone, sí. Pero el que aprende a cubrirse, sobrevive entero.

## Slide 5 - Distancia

En la pantalla una cita breve: “A veces, protegerse no es huir: es tomar aire”.

—Todos aquí sabemos —empecé— que cuanto más lejos de la fuente, menor la exposición. La distancia no elimina la radiación, pero disminuye su efecto. Es una ley física tan básica que casi parece sentido común.

Hice una pausa y miré a las filas del fondo.

—Con las emociones sucede lo mismo. Hay fuentes de enojo, de miedo o de tristeza a las que no siempre podemos acercarnos de frente. Y mantener cierta distancia no es cobardía: es supervivencia.

Mi madre lo sabía. Cuando la tensión de la casa subía demasiado, no discutía: salía al patio. A veces no decía nada, solo se quedaba mirando el limonero. Era su forma de poner metros entre la fuente y ella. Distancia física, sí, pero también emocional. No para negar lo que pasaba, sino para respirar fuera del campo de exposición.

Me giré hacia la pantalla: ahora aparecía otra frase: “No toda cercanía es salud. No toda lejanía es abandono”.

—En la vida cotidiana confundimos distancia con desamor. Y no. Hay discusiones que solo se pueden pensar desde afuera. Hay ambientes que, si no tomamos un paso atrás, nos consumen. La distancia nos da perspectiva, y la perspectiva es un blindaje invisible.

Se hizo silencio. Algunos asentían despacio, como si recordaran su propio limonero.

## Slide 6 - Tiempo

La pantalla mostró un reloj de arena, proyectado en blanco sobre un fondo oscuro. Encima, una palabra única: “TIEMPO”. Y al pie, una frase: “Toda exposición tiene un límite”.

—En nuestro campo —dije—, sabemos que el tiempo de exposición es clave. Cuanto menos permanezcamos junto a la fuente, menor será el daño. Una regla simple, casi obvia, que sin embargo salva vidas. Con las emociones pasa exactamente lo mismo. Podemos atravesar una tormenta de enojo, una crisis de tristeza, un ambiente hostil. Lo importante no es solo el blindaje o la distancia: es no quedarse más de lo necesario bajo esa lluvia invisible.

El proyector cambió la imagen: una silueta bajo la tormenta, avanzando hacia un claro soleado.

—Mi madre lo aplicaba sin saber de física. Cuando una discusión se alargaba, ella se salía de la escena. No dejaba que la bronca durara más de lo imprescindible. Decía: “Un hervor corto cocina; un hervor eterno arruina el sabor”. Era su manera de medir el tiempo.

La pantalla mostró otra frase: “El problema no es la tormenta, sino vivir en ella”.

—¿Cuántas veces nos quedamos atrapados demasiado tiempo en una emoción tóxica? —pregunté—. ¿Cuántas veces pensamos que “aguantar” es fortaleza, cuando en realidad es irradiarnos de más?

Hice silencio. En la primera fila, una mujer se cruzó de brazos y miró hacia el piso, como quien repasa mentalmente sus propias horas de exposición.

—El tiempo es el recurso más precioso. En nuestra profesión lo administramos con rigor. En la vida deberíamos hacer lo mismo. La emoción llega, nos atraviesa, deja su huella. Pero después, hay que salir del área. Nadie se

queda en un cuarto de rayos de manera innecesaria. Nadie debería quedarse en una tristeza sin salida.

### **Slide 7 - Detectores**

—Nosotros no confiamos en la intuición. Tenemos detectores, alarmas, dosímetros personales. Ellos nos dicen si la radiación está ahí, cuánto recibimos, cuándo debemos salir del área. Sin esas lecturas, estaríamos a ciegas.

Caminé hacia el centro del escenario.

—En la vida, los detectores existen también. No tienen pantalla digital, pero están en el cuerpo. El corazón que late más rápido sin razón aparente, la mandíbula que se aprieta, el insomnio que insiste, la irritabilidad que aparece sin causa. Son nuestros dosímetros internos, avisando: “La dosis emocional está subiendo”.

La pantalla cambió y apareció la silueta de un cuerpo humano con pequeños íconos rojos en el pecho, la cabeza y el estómago.

—Mi madre confiaba en los suyos. Cuando sentía un nudo en la garganta, sabía que era hora de salir a dar una vuelta. Cuando le dolía la espalda sin explicación, entendía que el ambiente estaba demasiado cargado. “El cuerpo sabe antes que la cabeza”, decía. Y tenía razón: ella leía a su detector interno mejor que cualquier instrumento.

En el proyector una nueva frase: “El alma también pita”.

Hubo sonrisas en la sala. Un hombre de la segunda fila asintió en silencio, como reconociendo que alguna vez había escuchado ese “pitido invisible”.

—La diferencia es que, en la vida, muchas veces ignoramos las alarmas. Seguimos en el área, aunque el cuerpo grite. Nos decimos que no pasa nada, que

podemos aguantar. Y así, igual que un dosímetro desatendido, acumulamos dosis que después aparecen como enfermedad o agotamiento.

Me giré hacia la pantalla. La última imagen del slide apareció: un dosímetro en silencio, con un pie de foto que decía: “Escuchar las alarmas es la mitad de la protección”.

### **Slide 8 - Contaminación secundaria**

La pantalla mostró dos figuras humanas: una brillaba en rojo, la otra, al lado, comenzaba a teñirse del mismo color. Arriba, una palabra en mayúsculas: “CONTAMINACIÓN SECUNDARIA”. Y al pie, una advertencia: “Lo que no se controla en uno, se transmite a los demás”.

—Todos lo sabemos —dije—: quien sale de un área contaminada sin descontaminarse puede irradiar a otros. No hace falta ser la fuente: basta con ser portador. Es uno de los riesgos más invisibles y, a la vez, más peligrosos.

Me detuve y respiré.

—Con las emociones pasa lo mismo. Cuando alguien arrastra bronca, tristeza o miedo sin procesar, ese peso se vuelve contagioso. Entra a un ambiente y en pocos minutos lo enrarece. No gritó, no golpeó la mesa, pero algo se esparció como polvo invisible.

El proyector cambió la imagen: un círculo negro que se expandía en ondas, tocando todo a su alrededor.

—¿Cuántas veces cargamos con emociones que, sin querer, irradiamos a quienes queremos cuidar? La bronca del trabajo que termina explotando en la mesa familiar. El miedo personal que se convierte en alarma colectiva.

El cansancio que se transforma en maltrato. No somos la fuente inicial, pero nos convertimos en portadores.

La pantalla mostró otra frase: “La contaminación emocional también requiere protocolos”.

—El protocolo, en este caso, puede ser hablar, llorar, escribir, pedir ayuda. No siempre tenemos control sobre lo que recibimos, pero sí sobre lo que transmitimos. Y la responsabilidad es enorme: porque igual que con la radiación, lo que no se controla en uno, afecta a muchos.

### **Slide 9 - Descontaminación**

—En radioprotección —empecé— sabemos que después de una exposición hay que descontaminarse. Quitarse la ropa, lavarse, seguir el protocolo. Es lo que marca la diferencia entre quedar marcado de por vida o volver a empezar seguro.

Hice una pausa, dejé que la idea flotara y bajé el tono.

—Con las emociones pasa lo mismo. No podemos evitar toda exposición: todos recibimos dosis de bronca, tristeza, miedo. Pero lo que sí podemos evitar es llevar esa carga encima como si fuera tatuaje. Y para eso existen los mecanismos de descontaminación emocional.

El proyector cambió a una lista breve: “Hablar. Llorar. Escribir. Pedir perdón. Perdonar”.

—Cada uno tiene su propia ducha invisible. Para mi madre, era el tejido: sentarse con las agujas y dejar que el hilo sacara de adentro lo que dolía. Para otros es el llanto, que es la ducha más antigua de la humanidad. Para algunos, una conversación que saca a la luz lo que estaba guardado. O un gesto simple: pedir perdón, aceptar un abrazo.

El problema no es contaminarse —continué—. El problema es no descontaminarse nunca.

Hemos recorrido varias imágenes —dije—. Y no eran solo slides: eran espejos. Todo esto lo aprendí primero en mi casa, mirando a mi madre ponerse un delantal. Después la vida me mostró que también se aplica aquí, en nuestro trabajo, en la sociedad, en el país, en el mundo. Si nos protegemos de lo invisible, vivimos mejor. Y si aprendemos a protegernos juntos, vivimos más felices.

Hice una pausa larga, sentí que las respiraciones en la sala eran acompasadas, como si todos hubieran bajado un mismo switch invisible.

—Les dejo una invitación —cerré—: lleven estas imágenes a sus equipos, a sus hogares, a sus trajes. Porque la radiación no siempre viene de un reactor. A veces viene de nosotros mismos. Y la única protección verdadera es aquella que nos permite seguir enteros, sanos y humanos.

Guardé silencio. Nadie se movió durante unos segundos. Después, el aplauso llegó como una ola: no estrepitoso, sino profundo, agradecido.

Apagué el micrófono. Y mientras recogía mis papeles pensé en ella, en mi madre, en su delantal de algodón que siempre pesó como plomo. Y entendí que, al fin y al cabo, todo lo que había dicho esa tarde no era otra cosa que su manual invisible.

## EL RAYO INDOMABLE

### *Tercer premio*

Autor: Facundo Bertera

Seudónimo: Oliverio

Allí colgados descansaban un delantal y unos guantes. Algún collar, también. Testigos de la cruenta batalla que se produciría en ese cuerpo al que ellos debían proteger pero del que fueron despojados, quedando su existencia reducida a la mera contemplación.

Una fuerza indomable, un fuego. Algo que viajaba en forma de rayo, de diferentes formas y movimientos. Un monstruo voraz lanzado al espacio e incorporado a ese mismo cuerpo. Como un imán, la carne atrae al demonio que atraviesa con fugacidad el espacio que la separa de la máquina inmóvil que lo pare.

*Y destruye.*

*Silente.*

*Perfora.*

*Se abre paso.*

Las células apenas advierten su llegada. El rayo lo consume todo. Ingresas. Sin noción del bien ni del mal. Ha sido concebido careciendo de esa cualidad. Es un dios sin mente, sin inteligencia. Una entidad inconsciente, de naturaleza caótica, como el Azathoth de Lovecraft. Cuando no es controlado, muestra su rostro oculto.

El de la destrucción.

No desea. No goza con el desastre.

Solo se mueve según su esencia.

Tiene alguna predilección o afinidad —aunque no lo sabe— por ciertas estructuras microscópicas subcelulares. Viaja esa radiación ionizante y busca el centro, el núcleo mismo de la vida.

Allá va.

La liberaron y cometieron la estupidez de no controlarla. De no protegerse. Arrogantes hombres que pecan de excesiva confianza. Imprudentes.

Avanza el dios sin control y los átomos se sienten atraídos por semejante poder, algunos de sus electrones se desprenden, lo acompañan, se pierden en el viaje. Nadie sabrá jamás qué fue de ellos, pero dejan tras de sí átomos despojados, incompletos y urgidos de completitud. Radicales libres que no pueden soportar su inestabilidad y se unen de manera desesperada a cualquier estructura cercana. Destruyéndola, como parásitos.

Y mientras en el interior se genera un microcosmos anárquico, afuera nadie se anoticia de la masacre. En el centro de la célula, la estructura misma de esa vida se mantiene

*flotando,*

*impoluta,*

*sagrada.*

Es como un Santo Grial, helicoidal, perfecta. Allí se guardan todos los secretos. Allí, entonces, es hacia donde se dirige la radiación y su séquito de lobos hambrientos, multiplicados por millones ante cada toque atómico.

La doble hélice no puede defenderse, una vez vulnerada es golpeada sin piedad.

Golpe tras golpe.

Intentos de reparación. Enzimáticos. Infructuosos.

El daño es mayúsculo. No hay tiempo.

Se dobla, se agita. Sufre. Cambia. Deja de ser. Pareciera como si llorara. Pero quizá simplemente entiende que se debe tomar una decisión. Espera que la célula que la contiene actúe según el código ancestral.

Dejar de ser significa morir —eso lo ha aprendido su estirpe desde tiempos inmemoriales—, no hay alternativa. Acaso si no sucede puede ser el final del cuerpo. La única manera de acabar con ese halo de destrucción es practicar el ritual.

El mal de uno en pos del bien del grupo.

Apoptosis.

Enviaré la orden, reclamaré que todas las demás estructuras súbditas obedezcan.

No hay salida. Se ha llegado al punto de no retorno.

De lo contrario, las células mismas se transformarán en una plaga. Una peste incontrolable que se dividirá sin control. Tomando y destruyendo. Generando dolor. Muerte. Descomposición.

Manda la señal.

No hay tiempo para lamentaciones. Sabe lo que vendrá. La célula se marchitará como una flor en el último sol de otoño, implorando que todas las demás sean valientes y realicen el ritual. Implorando también que el dueño de ese cuerpo del que todas forman parte no siga cometiendo la imprudencia de no protegerse, la imprudencia que hoy le costó la vida a ella y a muchas de sus compañeras.



# MENCIONES

---

---



## LA SALA QUE BRILLA SIN LUZ

### ***Mención***

Autor: María Antonella Dorigutti

Seudónimo: MAD

Nunca le gustó la palabra “radiación”. Para la mayoría, sonaba a peligro, a catástrofes lejanas, a sirenas y evacuaciones. Pero para él era parte de la rutina. Había aprendido a convivir con esa energía invisible que, bien utilizada, era capaz de curar. La suya no fue una vocación de libros y teorías, sino de fascinación.

A los siete años, una noche en que corría por el patio, tropezó y se fracturó el brazo. En la clínica, el médico le mostró la placa de rayos X. Allí, en un lienzo oscuro, vio los huesos de su propio brazo, nítidos, reales, un mapa invisible de lo que había dentro de él. No tuvo miedo; solo asombro. Al volver a casa, guardó esa placa en el cajón de su mesita de luz como un tesoro. Se la mostraba a sus amigos como un mapa secreto, un misterio que solo él podía descifrar. “Ahí adentro estoy yo”, le decía a su madre, y ella sonreía, sin entender la profundidad de esas palabras. Desde entonces, entendió que el misterio no estaba en la enfermedad, sino en la posibilidad de verla. De conocer a ese enemigo invisible para poder combatirlo.

Con los años, esa primera fascinación no perdió fuerza. Mientras otros chicos soñaban con ser astronautas o futbolistas, él imaginaba salas blancas, máquinas enormes y la posibilidad de mirar lo invisible. Ya de adulto, descubrió que la medicina radiológica no era solo una promesa de ciencia, sino también un territorio de miedo: cada rayo que curaba podía también dañar, cada tratamiento exigía precisión quirúrgica para no convertir la esperanza en riesgo.

El hospital lo recibía cada mañana con el mismo murmullo: el eco de pasos en los pasillos, el olor a desinfectante mezclado con café recalentado, las voces rápidas de las enfermeras que cambiaban de turno. En el vestuario, el sonido de las puertas metálicas al cerrarse formaba parte de una sinfonía rutinaria. Allí se quitaba la ropa de calle, guardaba el celular en un casillero y se enfundaba en el guardapolvo blanco. Colgaba con cuidado el dosímetro en el bolsillo, como quien ajusta un amuleto. Un compañero, el doctor Torres, se apareció con su sonrisa habitual.

—¿Listo para la dosis de hoy? —dijo, señalando el pequeño rectángulo gris.

—Siempre listo —respondió él, sin dejar de acomodar sus cosas.

Era una broma repetida, pero en el silencio posterior ambos recordaron que no era chiste del todo.

La radiación no perdonaba descuidos, y ellos lo sabían.

En la soledad de la sala, a veces lo invadían pensamientos que nunca compartía. ¿Y si un día el blindaje fallaba? ¿Y si las cifras del dosímetro marcaban más de lo permitido? Sabía que esa posibilidad estaba siempre allí, como un enemigo agazapado. Había noches en que se acostaba repasando mentalmente los segundos de exposición, midiendo en su cabeza los pasos hacia atrás, convencido de que la rutina era su único escudo. Pero, junto a ese miedo, también lo habitaba una certeza orgullosa: su trabajo no era vistoso ni glorioso, nadie lo aplaudía al salir de la sala. Y, sin embargo, cada paciente que terminaba el tratamiento y volvía a casa era una victoria silenciosa. En esas pequeñas dosis estaba escondida la posibilidad de un cumpleaños más, de un abrazo más, de una vida que seguía. Y eso, pensaba, lo hacía soportar el peso invisible de la radiación.

Ese día, la sala estaba particularmente ocupada. Primero, una mujer mayor que llevaba un rosario entre los dedos, que hacía girar con lentitud. Sus labios se movían en una plegaria casi inaudible, como si intentara acompasar el latido de su miedo con el murmullo de las cuentas. El médico le explicó con calma lo que ocurriría, pero ella apenas asintió, con los ojos fijos en la cruz metálica que colgaba de su mano. Se recostó en la camilla sin soltarla, y cuando la máquina

comenzó a zumbar, él pensó que, más allá de blindajes y protocolos, aquella mujer se estaba protegiendo con la única coraza que tenía: su fe.

Luego llegó un hombre de mediana edad. Sus movimientos eran bruscos, casi desafiantes, pero al acostarse en la camilla su voz bajó de golpe.

—Doctor... ¿usted también tiene miedo?

El médico lo miró a los ojos.

—No le tengo miedo a la radiación, le tengo respeto. Como a todo lo que puede salvar o dañar.

El hombre tragó saliva, asintió despacio y cerró los ojos. Al verlo, el médico comprendió que el respeto podía ser una forma de transmitir calma, de enseñar que el miedo no debía paralizar sino guiar los pasos.

El médico salió de la sala con el estómago vacío. En la cafetería del hospital, el ruido era otro: bandejas chocando, olor a aceite recalentado, charlas cruzadas de médicos y enfermeros que, por un rato, intentaban olvidar la tensión de las salas. Se sentó en una mesa apartada, con un café tibio y una medialuna demasiado seca. Miró alrededor: una residente repasaba apuntes con las manos manchadas de tinta, un camillero dormía con la cabeza apoyada en sus brazos, dos enfermeras se reían de un chisme. Él, en cambio, tenía la vista fija en el dosímetro. Ese pequeño rectángulo, colgando del bolsillo, parecía un reloj que marcaba otra clase de tiempo: no horas, sino exposición, no minutos, sino riesgos acumulados. Pensó en la mujer del rosario, en el hombre que preguntaba por el miedo. Sintió que, de alguna manera, cargaba no solo con sus propios temores, sino también con los de ellos. Bebió un sorbo de café y volvió a la sala. Afuera, el hospital seguía con su bullicio cotidiano; adentro, lo esperaba de nuevo la lucha contra lo invisible.

Ese día, lo esperaba en la sala un niño de ocho años, flaco, con la mirada cansada. El chico llevaba semanas de tratamiento y ya no quería volver a acostarse bajo la máquina. “Duele después, doctor... yo sé que me quema por dentro”, dijo, con esa franqueza que solo tienen los chicos. La madre, sentada en la esquina de la sala, se mordía los labios hasta lastimarse. El aire olía a

desinfectante y a metal, una mezcla áspera que a todos los pacientes les recordaba la enfermedad. El médico se agachó a su altura. No podía mentirle: sí, la radiación atravesaba su cuerpo, sí, dejaba marcas invisibles. Pero también era la herramienta más poderosa para frenar el tumor que lo estaba consumiendo.

—Mirá —le explicó, señalando su propio dosímetro—. ¿Ves esto? Yo también convivo con la radiación. Pero me cuido: entro solo el tiempo justo, uso protección, sigo las reglas. Así la radiación me ayuda, no me daña. Y lo mismo pasa con vos: la máquina parece dura, pero es nuestra aliada.

El niño dudó, lo miró en silencio, y finalmente subió a la camilla. Cuando la máquina empezó a zumbiar, el sonido llenó el ambiente como un animal respirando, grave y constante. El médico dio unos pasos atrás, como mandaba el protocolo. Desde la cabina, observó al pequeño cerrar los ojos con fuerza. Y en ese gesto reconoció la misma mezcla de miedo y coraje que él había sentido la primera vez que se enfrentó a esa luz invisible.

Al terminar, lo acompañó hasta la puerta. El chico le apretó la mano con la fuerza que le quedaba.

“Si usted confía, yo también”, murmuró antes de irse con su madre.

Esa frase lo persiguió todo el día. Porque comprendió que, en esa sala sin ventanas, no solo se trataba de dosis, blindajes y protocolos: también de confianza. La radiación era invisible, sí. Pero la protección, la verdadera, también lo era: estaba en el cuidado mutuo, en la palabra justa, en la certeza de que, incluso en medio de lo intangible, había alguien que no dejaba de sostener.

Esa noche, al abrir la puerta de su casa, lo recibió el silencio. Su hija ya dormía y solo quedaba encendida una lámpara en el comedor. Dejó el portafolio sobre una silla y sacó el dosímetro del bolsillo. Lo observó largo rato antes de apoyarlo sobre la mesa, como quien deja caer una carga que pesa más de lo que aparenta. Se sirvió un vaso de agua y se sentó, inmóvil. En un cajón tenía un cuaderno de tapas azules donde, cada tanto, anotaba frases de pacientes que no quería olvidar. Lo abrió y escribió con letra apretada: “Si usted confía, yo también”. Lo dejó abierto unos segundos, como si necesitara comprobar que las palabras eran reales, y después lo cerró con cuidado. Apagó la lámpara. En la

oscuridad, entendió que la radiación no era lo único invisible en su vida. También lo eran la confianza, la fe, la ternura silenciosa que se cruzaba en cada mano apretada. Y fue en ese pensamiento, más que en cualquier protocolo, donde encontró el verdadero blindaje para seguir adelante.

Al pensar en su día, no podía evitar imaginar a todos los colegas que, como él, se enfrentaban a lo invisible. Eran médicos, técnicos, enfermeros: cada uno con su rutina, con sus propias dudas y miedos, pero unidos por la misma tarea silenciosa. La mayoría de la gente nunca reparaba en ellos. Cuando alguien sanaba, se agradecía a la ciencia, a la medicina, a Dios. Casi nunca a las manos que habían medido con precisión los segundos de exposición, a los ojos que vigilaban que el blindaje estuviera en su lugar, a las voces que repetían las indicaciones con la paciencia de quien sabe que un error puede costar demasiado caro.

Él pensaba que ese era el verdadero peso de la profesión: vivir entre la frontera del cuidado y el riesgo. Porque la radiación no era una metáfora, era real. Podía curar, pero también dejar huellas invisibles. Y ellos, quienes trabajaban allí cada día, aceptaban ese doble filo. No por gloria ni reconocimiento —que rara vez llegaban—, sino porque entendían que, sin esa entrega, muchos pacientes perderían la única oportunidad de resistir.

Había algo heroico en esa labor discreta. No el heroísmo ruidoso de quienes buscan ser vistos, sino el silencioso, el que se ejerce en salas sin ventanas, entre máquinas que zumban como animales dormidos, en pasillos donde la fe de un paciente se aferra a un rosario o a una frase breve: “Si usted confía, yo también”.

Y comprendió que, al final, lo que definía ese oficio no era solo la tecnología, ni siquiera la ciencia precisa que marcaba cada paso. Era la humanidad con la que se asumía el riesgo. La confianza en que lo invisible podía cuidarse, domarse, transformarse en salvación. Eso era lo que los mantenía en pie, lo que lo mantenía en pie a él: la certeza de que cada día, en esa lucha callada contra lo intangible, alguien encontraba un motivo más para seguir viviendo.

## EL AULA Y LA PLACA

### ***Mención***

Autor: Jenny Milagros Conchucos Almandos

Seudónimo: Mystara

La mañana en que la directora me pidió “hacer algo con lo de radiaciones”, la luz de primavera entraba oblicua por las ventanas del laboratorio. Habíamos heredado la carcasa de un equipo viejo de rayos X, sin tubo ni cables, y un par de placas radiográficas limpias que yo cuidaba como quien guarda cartas. La directora habló de una feria de ciencias abierta a la comunidad y de vecinos que no se acercaban al hospital por miedo a que “se les pegue la radiación”.

—Vos que sos profe de Física, y sabés explicar sin asustar.

Dije que sí. Tengo ese defecto.

Convocamos a cuarto año para pensar una muestra que desmontara mitos sin tratar a nadie de ignorante. Vinieron casi todos: Julia con su cuaderno de tapas gastadas, Marcos con una radio vieja que prometió resucitar, Karen con su puntualidad, y Simón, voluntario serial de todo lo que implique cables.

—La palabra que nos guía es “cuidado” —dije—. No “ojo que te hace mal”, sino “nos ocupamos de vos”. La radiación ionizante no es un monstruo ni un milagro; es una herramienta. Lo importante es cómo, cuánto, cuándo, para qué y con qué protección.

Julia levantó la mano.

—Mi abuela se hizo radiografías por la cadera. El vecino dice que te quedan adentro y por eso te enfermás. ¿Eso se pega?

—Lo que se pega son los temores. La radiación pasa, interactúa y sigue. Lo que queda, si queda, es el efecto. Por eso se usa la menor dosis posible. Hay un principio clave: ALARA.

Escribí en el pizarrón: “ALARA”. Y debajo: “tan bajo como razonablemente se pueda”.

—Es como bajar el volumen de una canción. Lo justo para oír sin lastimar el oído. En radiología ajustamos tiempo, distancia y blindaje, y medimos.

La palabra “medimos” quedó flotando. A los chicos les gustan los verbos que implican acción.

El aula de Física se volvió carpintería, laboratorio y teatro. Marcos resucitó la radio para mostrar que no todo lo invisible es igual: las ondas de radio no ionizan y, sin embargo, atraviesan paredes como fantasmas amables. Julia y Karen pintaron un cartel: “Lo que no se ve también se cuida”. Simón construyó una maqueta de un cuarto de rayos X con cartón y pegó un delantal plomado miniatura de papel aluminio.

Para la sección central propuse “El viaje de la placa”. Conseguimos, con permiso del hospital, una placa en desuso. No íbamos a exponer a nadie: la usaríamos como símbolo, como memoria de lo invisible.

—Profe, si la placa se impresiona con rayos X, ¿para qué traerla si no tenemos rayos X? —preguntó Karen.

—Para hablar de memoria. Y de lo que no hacemos. A veces cuidar es saber decir “no hace falta”.

La feria sería el sábado. Teníamos cuatro días.

Al salir el jueves me crucé con Rosa, vecina de toda la vida y abuela de Santiago.

—¿Van a explicar lo de las antenas? Dicen que enferman.

—Podemos hablar. Lo nuestro será sobre radiaciones ionizantes, que son otras. ¿Te pasás el sábado?

—Me paso. Pero no me convenza. Yo vengo a escuchar.

Me gustó esa frase. A veces confundimos explicar con vencer.

Esa noche, en mi casillero apareció un sobre con una foto en blanco y negro. Mi padre me sostenía de pequeña en la playa. Al dorso, la letra de mi madre: “Primera placa de tu cadera, 1992. Todo bien”. Era una copia del primer estudio que me hicieron. Yo también fui atravesada por un rayo que no se ve. Guardé la foto en el bolsillo. Tal vez la contaría si encontraba el tono.

El sábado amaneció con olor a pan. El patio se llenó de mesas: Biología con germinaciones, Arte con sombras chinescas, Historia con la cronología del barrio. Nuestro stand tenía cuatro estaciones: “Lo que atraviesa y lo que no”, con la radio de Marcos y papeles de diferentes gramajes; “Tiempo, distancia y blindaje”, con la maqueta de Simón y un medidor de luz como metáfora de dosímetro; “Mitos y miedos”, con tarjetas en verde y rojo; y “El viaje de la placa”, donde Julia narraría.

Rosa entró con dos amigas.

—¿Se empieza por acá?

—Por donde quieran. Es un recorrido, no un examen.

Frente a la radio, Marcos explicó que las ondas de radio no tienen fuerza para arrancar pedacitos a los átomos, mientras que la radiación ionizante sí, y por eso se trata con más cuidado.

—Como las tormentas —dijo una amiga—. Un vientito no te tira la ropa del alambre, un temporal sí.

—Exacto. Si sabemos que viene un temporal, cerramos ventanas y aseguramos macetas. No negamos que exista, pero tampoco lo exageramos.

En “Tiempo, distancia y blindaje” la gente jugaba con linternas, vasos y cartones.

—Con la radiación hacemos lo mismo —decía Simón—. Reducimos el tiempo, aumentamos la distancia, interponemos blindajes adecuados. No hay magia: hay medidas.

—¿Y la persona? ¿Cómo sabe cuánto es mucho? —preguntó Rosa.

—Medimos —dijo Julia—. Llevamos registros y seguimos procedimientos. Nadie se acostumbra a un riesgo sin mirarlo.

En “Mitos y miedos”, los visitantes levantaban tarjetas. Una radiografía me deja radiactivo: rojo. Puede salvar vidas: verde. Acumular estudios por si acaso es mejor: rojo. Entender lo que me proponen da seguridad: verde. Había risas con pudor sano. Aprender sin vergüenza.

Llegó el turno de “El viaje de la placa”. Julia sostuvo la placa limpia.

—Las placas guardan sombras —dijo—. No guardan rayos. Como la memoria de una tarde que decide no olvidarse. En el hospital hay gente que pone su saber para que la sombra diga lo justo: lo necesario para encontrar y curar. Esas personas miden, preguntan, a veces dicen “no” y otras “sí, pero con esto y nada más”. Eso es protección: contención.

Mostró el delantal miniatura y el medidor de luz.

—Las palabras difíciles se pueden decir sencillo. Dosis es cuánto. Blindaje es con qué nos protegemos. Distancia es cómo nos ubicamos. Tiempo es hasta cuándo. Y ALARA nos recuerda que una parte de la inteligencia es saber cuándo dejar de subir el volumen.

Rosa hizo otra pregunta.

—Cuando dicen “beneficio mayor que riesgo”, ¿cómo sabe una abuela si el beneficio es mayor, si no estudió?

—No hay que estudiar Física. Hay que preguntar y merecer respuesta clara. Hay equipos que evalúan cada caso. Si te proponen otra imagen por las dudas, preguntá qué cambia saber. Si nada cambia, quizás no hace falta. Si sí cambia, seguimos, con protección. Tenés derecho a entender.

Saqué la foto del bolsillo.

—Yo tenía diez años cuando me hicieron la primera placa. Mi madre anotó “Todo bien”. Esa placa me permitió seguir haciendo gimnasia, correr, estar hoy acá. Lo que se hace con cuidado y medidas correctas no es un monstruo: es una herramienta que cuida. Queremos que nadie se quede afuera por miedo.

El silencio fue tibio. La gente siguió el recorrido.

A media tarde, un rumor entró como viento frío: fuga en el hospital. Un padre dijo que se rompió algo en rayos y hay radiación por todos lados. La frase creció. Algunas madres retrocedieron. Una nena tironeó la mano de su mamá.

—Vamos a verificar —dije en voz alta.

Le pedí a Julia que ordenara la salida y a Simón que llamara a Stella, jefa de Protección Radiológica del hospital, con quien habíamos coordinado. Mientras él marcaba, yo trataba de quitarle filo a la palabra “fuga”.

Stella atendió de inmediato. Dijo que era un estudio de medicina nuclear, con un radiofármaco en el paciente, emisión por un tiempo, todo medido y limitado. Alguien oyó “radioactivo” y “hospital”, y completó mal. Ofreció venir.

—No hay fuga —anuncié—. Hay una palabra mal puesta.

El pasillo seguía tenso. Pedí dos minutos en el patio. La directora cedió el micrófono.

—Circula un rumor. Hay pacientes que reciben tratamientos que por un tiempo emiten una radiación medida. No es una fuga. Es un procedimiento, como un medicamento que hace efecto y que el cuerpo elimina después. La protección radiológica está para medir, acotar y explicar. No hay peligro para la escuela ni para el barrio. Si alguien quiere más información, en el aula de Física conversamos.

Stella llegó, igual, con el delantal plomado doblado. Subió y dijo tres frases claras: “El cuidado no es silencio, el cuidado es explicar, no nos protege callar, nos protege entender”. El rumor se desinfló. No hubo aplausos. Hubo una respiración compartida.

Al final del día, Rosa volvió.

—Hoy aprendí que preguntar no es molestar. Es parte de la protección. Y que “radioactivo” no siempre significa lo que creemos. Entendí que lo que queda no es el rayo, sino la marca, y que para evitar marcas innecesarias hay gente midiendo.

Tenía tres palabras anotadas en la mano: “tiempo, distancia, blindaje”.

—Se lo voy a contar a mi nieto. Que no se asuste. Que pregunte.

Le mostré el dorso de mi foto. Leyó: “Todo bien”.

—Todo bien no es que no haya riesgo —dijo—. Es que hubo cuidado.

Un martes retomé lo vivido con cuarto año.

—¿Qué les quedó?

—Que medir es querer —dijo Karen.

—Que bajar el volumen no es censurar, es cuidar —agregó Marcos.

—Que hay que pensar si una imagen cambia decisiones —dijo Julia.

—Que los rumores se miden con preguntas —cerró Simón.

Les propuse escribir Cartas para cuando olvidemos lo aprendido: a un sobrino, a la vecina, a uno mismo. Que explicaran con palabras cotidianas qué es la protección radiológica. Guardamos las cartas en un sobre en la biblioteca. En la tapa escribí “ALARA” y, debajo, “tan bajo como se pueda, sin dejar de ver”.

Semanas después llegó al barrio la campaña de mamografías móviles. El tráiler blanco se estacionó en la plaza. En la panadería circularon opiniones cruzadas: que era importante, que mucha radiación, que mejor no tocar lo que está quieto.

Esa tarde me crucé con Rosa. Alzó una carpeta.

—Me la hice.

—¿Y?

—Todo bien. Pregunté cuánto y por qué. Me hablaron del beneficio. Me mostraron el delantal, explicaron la dosis. Yo les dije: “tiempo, distancia y blindaje”. Se rieron conmigo.

Pensé en una palabra que a veces suena a cálculo frío y que en persona se parece a un abrazo: “beneficio”.

—¿Me trae noticias cuando tenga el resultado?

—Sí. Si es todo bien, medialunas. Si no, también.

El cuidado también es acompañar cuando no se sabe.

Un viernes, Stella vino con un dosímetro electrónico. Lo encendió. El aula escuchó el tic casi inaudible del fondo natural, ese murmullo mínimo de la Tierra.

—Este ruido de base es como un silencio con respiración. Lo tenemos en cuenta para distinguir qué es ambiente y qué es práctica. No todo lo que se mide asusta. Medir también calma.

Karen sostuvo el aparato como un pichón.

—Si me acerco a la ventana, ¿cambia?

—Poco. Lo que cambia de verdad es cuando encendemos una fuente. Por eso planificamos, avisamos, blindamos. Y explicamos antes.

Hicimos ronda con el dosímetro. Pensé que quizá olviden una fórmula, pero no el sonido tenue que dice que lo invisible puede contarse.

Antes de irse, Stella me dio una carpeta con material de lectura sencilla para charlas comunitarias. Si queríamos, podíamos armar una versión escolar con dibujos. Una guía para el barrio.

—La hacemos —respondí. No era promesa vacía. Era un lugar donde estar.

Diciembre trajo calor y boletines. Proyecté la foto de mi infancia. Conté que el “Todo bien” fue posible porque alguien aplicó un principio, midió, ajustó, explicó y eligió. Esa combinación —saber técnico, ética del cuidado y palabras claras— es lo que buscamos cuando armamos una feria o desarmamos un rumor.

—¿Cómo se dice “cuidado” en su idioma íntimo?

—Acompañar —dijo Karen.

—Te veo —dijo Marcos.

—Preguntá —dijo Julia.

—No estás solo —dijo Simón.

Escribí esas palabras bajo “ALARA”. No son de manual. Son de barrio.

Les propuse un ejercicio final: Guía de bolsillo para no asustarse y preguntar. Sus frases quedaron en la pared, a la altura de los ojos de primer año:

“Si no entendés, pedí que te lo cuenten como una receta: con medidas y tiempos.” (Julia)

“Si te dicen por las dudas, preguntá en qué cambia saber.” (Marcos)

“Si escuchás rumor, buscá fuente y fecha.” (Simón)

“Si te dan un delantal, no es porque estés en riesgo grave: es porque son prolijos.” (Karen)

En febrero, la escuela olía a pintura nueva. Recibí una foto sin remitente: Rosa frente a la panadería, con medialunas en un plato. Al dorso: “Todo bien. Gracias por preguntar conmigo”. La guardé junto a la de 1992 en una caja de cartón que titulé “Memorias de cuidado”.

En la primera clase del año nuevo abrí la caja. Conté lo del rumor que supimos medir, lo del dosímetro que suena como una respiración, lo de la mamografía en la plaza. Dije que íbamos a hablar de radiaciones, pero que de fondo hablaríamos de otra cosa: cómo contarnos la verdad sin dañarnos.

Escribí en el pizarrón “ALARA”. Abajo: “tan bajo como razonablemente se pueda”. Abajo del abajo, como un susurro escrito: “con palabras que abracen”.

A veces me pregunto por qué aquella foto estuvo guardada tantos años. Tal vez porque un día iba a necesitar decir esto: que hay historias que nos atraviesan como rayos y que, gracias al cuidado, no nos rompen. Que la protección radiológica no es un tecnicismo: es ternura aplicada a la ciencia. Que la escuela, el hospital, el tráiler en la plaza, los rumores desarmados y las medialunas de Rosa componen una placa que revela una imagen: un barrio que aprende a mirarse por dentro sin miedo, con calma, con luz que no enceguece.

Y que la frase que buscamos, ese “Todo bien” que a veces aparece al dorso de una fotografía, no niega la incertidumbre. Promete hacer todo lo razonable para estar del lado del cuidado. Incluso cuando no lo esté, encontrarnos ahí, con tiempo, distancia y blindaje, con preguntas, respuestas y presencia.

# LUZ QUE CALLA

## ***Mención***

Autor: Horacio Alberto Calcagno

Seudónimo: Lorenzo Pace

## **Prólogo**

En una ciudad que parece no detenerse, hay lugares donde el tiempo se vuelve exacto y algo parece siempre a punto de aclararse. El Centro de Imágenes de la calle en Almagro tiene esa propiedad: luces frías, relojes que miden segundos y personas que aguardan respuestas. Ignacio Ledesma lo conoce como un escenario que exige orden y prudencia.

No es un relato de grandes tragedias sino de pequeñas incertidumbres que, juntas, forman un enigma. Una desviación en un número, una placa repetida, un alimento administrativo mal tramitado: asuntos que pueden significar la diferencia entre cuidado y riesgo. Aquí empieza una historia de medidas y sospechas, donde la razón y la observación serán las herramientas para dilucidar qué ocurrió con las radiaciones que cruzaron cuerpos y días.

Lean atentos; en esta sala todo detalle importa, y la verdad suele llegar como una pieza más en un rompecabezas que alguien armó sin prever sus consecuencias.

## Parte 1

El reloj de la recepción marcaba las ocho en punto cuando Ignacio Ledesma cruzó la puerta del Centro de Imágenes. Ignacio tenía la cara de quien ha resuelto ya muchas pequeñas urgencias: gesto práctico, palabra medida y esa paciencia que nace de la costumbre. Almagro amanecía con su ritmo habitual fuera, pero dentro todo obedecía a una disciplina más austera: equipos calibrados, fichas ordenadas, protocolos que se consultaban como si fueran mapas.

La Dra. Elena Marín aguardaba junto a la consola, con un expediente en la mano y la mirada que acompaña a quienes buscan certezas. “Buen día”, dijo en voz baja; su tono no era de alarma sino de quien necesita colaborar. Marta Varela, en administración, repartía números y horarios con un orden impecable; Roberto Salazar, del servicio de urgencias, había dejado un aviso previo por si entraban casos complejos. Era un panorama cotidiano, salvo por un detalle que nadie, aún, había destacado del todo: la última semana las lecturas del equipo mostraban pequeñas desviaciones, apenas trazos en las hojas de control, pero suficientes para despertar la curiosidad técnica de Ignacio.

La jornada avanzó con la mecánica habitual: pacientes que llegaban con dolencias concretas, posicionamientos precisos, una mancha que debía aclararse en la placa. Lucía Duarte, una mujer de mediana edad, presentó a la mañana un cuadro de dolor torácico; el médico solicitó una radiografía de tórax. Ignacio la recibió con cortesía profesional y siguió los pasos protocolizados: colimación, mA, kV, tiempo. La toma transcurrió con normalidad y la imagen apareció en la pantalla con la serenidad monocroma que los expertos saben leer.

No fue la radiografía de Lucía la que llamó la atención, sino un dato administrativo: en el registro, la exposición de esa mañana figuraba con un valor de mA ligeramente superior al habitual. Ignacio, por formación y por rutina, no pasó por alto la cifra; tomó nota con la discreción del que apunta un hallazgo para más tarde. No había indicios de daño ni motivo clínico para el aumento, pero aquella desviación ofrecía una pista que debía ser seguida.

La tarde trajo un caso traumático: un joven con fractura por accidente de tránsito. En la guardia todo se aceleró. Roberto pidió proyecciones adicionales; la necesidad de precisión venció a la economía de tomas. Ignacio ajustó la consola y realizó las secuencias pertinentes. Al revisar los metadatos, encontró otra anomalía: en una de las proyecciones complementarias el número de mAs registró un salto inusual, acompañado por una repetición de toma que figuraba como justificada en la ficha médica pero que, en el papel de control del equipo, aparecía como “repetición técnica”.

La palabra “repetición” resonó en la sala con el peso de la metodología: a veces las repeticiones se deben a movimiento del paciente, otras a errores de posicionamiento, y en raras ocasiones a fallas del equipo. Ignacio decidió no apresurarse. Convocó a la Dra. Elena y a Roberto a una breve reunión, donde expuso los datos con la claridad que exige una hipótesis: pequeñas alzas en mA y mAs, repeticiones puntuales, registros administrativos que presentaban inconsistencias mínimas pero acumulativas.

Marta consultó los partes administrativos y halló algo más: un lote de fichas con firmas incompletas y fechas que no coincidían exactamente con los horarios de la toma. “Podría ser un error de digitación”, propuso en voz alta; su inseguridad, sin embargo, dejaba abierta otra posibilidad menos amable. Nadie en el equipo quería saltar a conclusiones dramáticas, pero la profesionalidad les imponía seguir el rastro de la anomalía con método y discreción.

A media tarde llegó la comunicación que obligó a elevar la atención: Tomás Rojas, inspector sanitario de la delegación municipal, informaba que otro centro cercano había detectado variaciones en su equipo y que la Red municipal estaba recabando datos. La notificación, aunque formal, tenía el efecto de una linterna: dejaba claro que aquello podía no ser un incidente aislado. Ignacio sintió que la sala se convertía en una pequeña escena de investigación: no por sospecha de mala praxis de sus colegas, sino por la más inquietante posibilidad de que un fallo técnico o administrativo pusiera en riesgo la exposición de pacientes.

Decidieron entonces actuar con la meticulosidad propia de quienes buscan pruebas antes que juicios. Ignacio y la Dra. Elena acordaron una auditoría interna: revisión de registros de las últimas dos semanas, control físico del equipo, comprobación de calibraciones y verificación de la cadena documental que ligaba cada placa a su expediente. Marta preparó los listados; Roberto contactó a los pacientes que, por su historia, debían ser revisitados si hacía falta. Todo se realizó con discreción para no alarmar innecesariamente ni comprometer la confianza del barrio.

Esa noche, mientras las sombras de la calle proyectaban un ritmo moroso en la ventana, Ignacio repasó los números en su cuaderno. Cada desviación formaba un hilo en un tejido que todavía no definía un patrón. La lógica dictaba precaución, la experiencia pedía rigor. Sabían que la respuesta podía ser simple —un error de carga de datos, una calibración pendiente— o más compleja: una falla variable del generador, o un defecto que, en circunstancias particulares, elevaba dosis sin advertencia. En cualquiera de los casos, la investigación debía ser metódica y completa.

Antes de cerrar, Ignacio redactó un informe preliminar para Tomás Rojas, detallando las observaciones y solicitando la prontitud de una inspección externa. No buscaba dramatismo, solo certeza. En la recepción, Marta apagó las luces con la calma de quien protege una casa: nada debía mostrarse que diera lugar a rumores. La noche cayó en Almagro con su acostumbrada indiferencia; dentro del Centro de Imágenes, en cambio, algo había comenzado a moverse con la delicadeza de un engranaje que busca su encaje.

## Parte 2

La mañana siguiente amaneció con una claridad que parecía favorecer a la investigación; el sol entraba oblicuo por las persianas y arrojaba franjas sobre la mesa donde, la noche anterior, Ignacio había dejado sus apuntes desplegados como un mapa. Llegó puntual Tomás Rojas, inspector sanitario, hombre de gesto seco y mirada afilada, acompañado de un técnico de la delegación que traía en

una caja las herramientas exactas del oficio: un polímetro, un fantoma y certificados plastificados. Entraron sin ruido y con el aire sereno de quien sabe que el orden es la mejor manera de desarmar la intriga.

Tomás pidió documentaciones y las hojeó con cuidado protocolar, como quien busca, en un expediente, la confesión de un hecho. Ignacio explicó, paso a paso, lo observado: desviaciones discretas en mA y mAs, repeticiones registradas, fichas con firmas incongruentes. La Dra. Elena aportó el contexto clínico con la tranquilidad de quien no teme a los datos: pacientes con necesidades legítimas, urgencias que justificaron repeticiones, pero sin patrón que explique elevaciones sistemáticas.

El técnico realizó sus pruebas con meticulosidad. Midiendo la salida del generador, comprobando armónicos y observando la respuesta a cargas variables, concluyó en voz baja: “Hay una deriva térmica que no siempre se manifiesta. El equipo funciona, pero ante ciertas condiciones —cargas prolongadas o repeticiones cortas— el ajuste automático eleva ligeramente el filamento y, por ende, la corriente. No es una explosión de dosis, pero sí un patrón de incremento que debe corregirse”. Tomás asintió, como quien escucha una pieza clave que encaja en un rompecabezas.

Sin embargo, aquella explicación técnica no explicaba del todo las fichas mal fechadas ni las repeticiones marcadas como “técnicas” cuando, en palabras de quienes habían estado presentes, la causa había sido clínica. Tomás frunció el ceño: “Esto exige una hipótesis complementaria —dijo—. Un fallo técnico puede generar alzas; una cadena documental inconsistente puede facilitar que esas alzas queden sin seguimiento. Necesitamos saber si hubo intención, descuido o ambos”.

Se abrió entonces una fase distinta: la entrevista discreta con el personal. Tomás habló primero con Marta, en la oficina de administración, con la cortés amabilidad que desarma defensas. Marta contó, sin dramatismos, que la presión de la demanda había aumentado; que a menudo debía reorganizar listados, subsanar errores y firmar papeles a media tarde, con la atención menguada por llamadas y pacientes. “No es intención”, dijo, “es fatiga”. Pero adonde la fatiga abre puertas, la negligencia puede instalar penumbras. Ignacio recordó una tarde

en que Marta había firmado en un apuro una tanda de fichas por orden del mismo día: la firma corría detrás del teléfono.

Tomás entrevistó también a Roberto y a la Dra. Elena. Ambos confirmaron que las repeticiones contestadas como “técnicas” eran, en algunos casos, consecuencia de órdenes clínicas o de la necesidad de tomas complementarias por el estado del paciente. No hubo denuncias de manipulación dolosa de los dispositivos; sí, en cambio, indicios de procedimientos administrativos laxos en momentos de tensión.

Quedaba, sin embargo, una pieza que se mantenía fuera del cuadro: una firma repetida en varias fichas, idéntica en rasgos, pero con leves variaciones, como si la mano que la trazó hubiera corrido entre apuros. Tomás la llevó a la luz y la miró con la tranquilidad de quien piensa en voz alta: “No se necesita mala intención para que una conducta se convierta en riesgo. A veces, las mismas prisas que justifican una repetición técnica, son las que permiten que un desvío pase sin revisión”. Dijo esto sin juicios, con la claridad de quien prefiere soluciones a culpables.

La conclusión, cuando se produjo, fue tanto técnica como humana. El equipo requería una intervención de regulación: reemplazo de un resistor en el circuito del filamento y recalibración completa para evitar la deriva térmica; además, el Centro debía instaurar un protocolo administrativo más estricto: verificación cruzada obligatoria de repeticiones, firma de responsable técnico en cada toma repetida y una bitácora que dejara rastro inapelable. Tomás ofreció un plazo razonable y advirtió que, si bien no había indicios de exposición masiva intencionada, la prudencia exigía comunicar a ciertos pacientes que, en casos con múltiples repeticiones en días críticos, se les ofrecería un seguimiento preventivo.

La noticia corrió con discreción entre quienes debían saber. La Dra. Elena convocó una reunión con el personal para explicar los hallazgos sin dramatismo, con la misma calidez que enuncia un plan: “Revisaremos, corregiremos y acompañaremos a quienes necesiten aclaraciones”, dijo. Marta accedió a reorganizar los turnos para reducir la fatiga; Ignacio y Héctor propusieron un sistema de doble verificación para las repeticiones y un control semanal de

los parámetros del equipo que quedaría registrado y accesible. La comunidad clínica del barrio respondió con alivio; algunos vecinos enviaron mensajes de apoyo; la patronal prometió cubrir el repuesto y suplir la intervención técnica.

Hubo, no obstante, otra secuencia que la lógica de la investigación de Tomás había previsto: la llamada a los pacientes identificados como potencialmente afectados. La comunicación fue hecha con tacto: explicación, oferta de controles y la posibilidad de acompañamiento. Algunas reacciones fueron de gratitud, otras de irritación; hubo quienes pidieron más datos y quienes esperaron, en silencio, la posibilidad de una consulta. Se programaron controles y ningún hallazgo clínico serio emergió en las semanas siguientes; los eventos detectados fueron, en su mayoría, variaciones pequeñas sin consecuencias demostradas, pero la transparencia instalada generó confianza.

La resolución técnica llegó al cabo de una semana: la pieza dañada fue reemplazada, la calibración quedó fina y Tomás cerró su informe con una recomendación rotunda: “Mantener registros, reducir la fatiga administrativa y dar formación puntual sobre la importancia de documentar cada repetición”. Firmó, entregó una copia y, al despedirse, dijo en voz baja a Ignacio: “No siempre hay culpables que señalar; a veces, basta la fragilidad humana y una máquina que envejece”.

La pequeña oficina del Centro volvió a su ritmo habitual, esta vez con la placidez de quien ha salido de una incertidumbre. Ignacio se sentó en su silla, miró la pantalla y, por primera vez en varios días, sonrió con la comodidad del deber cumplido. La ciudad detrás de la ventana siguió su marcha, pero dentro, en aquel barrio de Almagro, la verdad había aflorado por obra de la observación meticulosa y el buen oficio. No hubo crimen pasional que resolver, ni intriga con veneno oculto; hubo, en cambio, una lección sencilla y poderosa: la vigilancia y la honestidad administrativa son tan esenciales como la destreza técnica para proteger la salud. Y así, la historia concluye no con un dramático descubrimiento, sino con la restauración del orden y la reafirmación de que, a menudo, la pesquisa más eficaz es la que previene antes de condenar.

## LO ESCONDIDO

### *Mención*

Autor: Valentina Nuné Vicentini

Seudónimo: N. Vialen

—¿Escuchaste?

No respiro; veo dos Crocs de colores lindos acercándose.

—Mirá si voy a escuchar algo. Estoy frita ya. Hace como diez horas que ni me siento.

Me hago muy chiquita.

—Pero pará, ¿me podés escuchar? Perdieron a una nena.

Yo no estoy perdida.

—¿Cómo la van a perder, escuchame?

Me lleno la panza de aire y no respiro, estoy como abajo del agua.

—Así como te dije: la mamá esperaba ahí en radiología, se da vuelta y la nena no está.

Es que a mí nadie me va a meter ningún rayo X en ninguna parte. Respiro despacito y vuelvo a tomar aire.

—¿Y no la encuentran?

Respiro poco para no hacer ruido.

—No, dicen que van a cerrar la guardia para que no se la lleven.

No, no me van a llevar a hacerme eso de atravesarme con los rayos X.  
Yo me voy a mi casa.

—Ay, no me digas.

—Una barbaridad.

—Se nos va a armar un quilombo.

—¡Yo lo decía por la nena!

—Ay, pero por favor, ¿qué le va a pasar? Se debe de haber ido y debe estar paseando.

—¿Vos, no ves los noticieros?

En la tele las nenas desaparecen y no vuelven más, no saben dónde están. Yo sí sé dónde estoy y me van a encontrar en mi casa cuando esas Crocs de colores lindos y sus bolsas de basura rojas se vayan.

—Ya va a aparecer.

—Ojalá.

—Dale, acompañame a tomar un café afuera ahora que me dejan respirar.

—Andá.

—Vení. Aflojá, tiremos esto y nos sentamos un rato.

—No, quiero ver si encuentro a la nena.

—Bah. Dame, que las tiro entonces.

Una mueve todas las bolsas a un mismo lado, unas Crocs se van sin nada, las otras Crocs llevan todas las bolsas. La última, va a ir afuera. Si la sigo puedo llegar y de ahí a mi casa. Me cuesta un poco salir, pero alcanzo a pararme cuando la chica de la bolsa está a punto de doblar en un pasillo.

Empiezo a correr, como corrí antes, cuando mamá me soltó la mano. Fue justo cuando hablaba con una de bata blanca y le dijeron: “A radiología, por las dudas”. Yo hasta ahí me estaba portando bien.

Pero entonces me di cuenta de un cartel y me fui a mirarlo. Es uno de esos símbolos de peligro que significa “aléjese”, esos amarillos. Me acordé que eso significa radiación. Descubrí que radiología es eso y pensé: ¿Qué me quieren hacer? Me van a quemar con esos rayos X y me van a deformar. ¿Para qué

necesito quemarme si a mí me duele el brazo? Si yo solo me caí, si nunca me hicieron nada cuando me caigo... ¿Por qué ahora me quieren quemar con rayos que son peligrosos y que ponen que no me acerque?

Mamá estaba firmando papeles cuando yo pienso todo esto. Me voy corriendo. Nadie me mira porque todos están sentados y se miran lo que les duele: la panza, la pierna, la mano y no tienen cómo mirarme a mí también.

A veces me escondo y a veces corro, así siempre gano a las escondidas. También me dicen tramposa, pero siempre gano. Ahora me toca correr para alcanzar a esta chica de Crocs, que saca basura en unas bolsas como las de casa, pero rojas. En un momento frena y yo espero como una estatua: si se da vuelta saldría corriendo, pero no pasa nada. Ella sigue caminando y yo corro detrás de ella.

De repente dejo de verla y veo la puerta abierta. Unos árboles largos y deformes. Unos autos grises y nubes. Nunca pensé que podía correr tan rápido. Es diferente el aire de afuera y dejo de correr. Ahora no sé bien a dónde ir.

—Hola, nena.

Me asusto mucho. Como si la película de terror fuera la vida real y así de mucho me asusto. La chica de Crocs ya no tiene las bolsas y ahora le pude ver el pelo, que es medio rojo, medio marrón.

—¿Adónde ibas?

Si corro me agarra, si me escondo va a saber dónde estoy.

—A mi casa.

—¿Y tu mamá?

—Qué sé yo.

—¿Te vas a ir sola?

—Sí.

La chica se agacha, pero no me agarra.

—¿Cómo te llamas?

—Catalina.

—Yo soy Lucía.

Yo hago esta cosa con los hombros que hacen los grandes y que significa más o menos “qué me importa”.

—Vamos a buscar a tu mamá, Catalina.

No quiero, y aprieto mucho los ojos, pero igual lloro. Lucía no hace lo que haría mamá, ni lo que haría la seño, y solo me mira. Se para y mira para todos lados, y entonces hace algo distinto.

—¿Por qué te escapaste?

A mí nadie me pregunta por qué hago las cosas. Me preguntan qué me pasó o qué hice. Nada de por qué.

—Es que me quieren quemar.

—¿Quién te quiere quemar?

No entiende.

—No sé, alguien. La doctora.

Lucía cierra un poco los ojos, como mamá cuando los cierra así en la playa, y se pone una mano en la frente, como una soldada.

—¿Quemarte?

—Sí, con rayos X. Con la radiación.

Hace algo más distinto: se empieza a reír y, esta vez, sí me agarra la mano y me lleva más cerca de los árboles. Ahí nos toca un poco el sol.

—¿Sentís calor?

—Sí.

Ahí el pelo de Lucía brilla.

—¿Y te quema?

—No.

—Esto también es radiación.

No me da miedo y no me duele.

—Y seguro viste que tu mamá te debe poner una crema cuando toman sol, ¿o no?

Es verdad. Digo que sí con la cabeza.

—Y eso te protege y no te duele nada, ¿viste? Bueno, con esto de los rayos X es igual. ¿Entendés?

—¿Me van a poner protector?

—No el mismo, pero te van a proteger. No te van a hacer nada. Solo quieren ver que estás bien.

Respiro mucho, como para meterme abajo del agua y digo que sí otra vez con la cabeza. Si es así me animo.

—No te va a pasar nada.

Me paro yo sola y empiezo a caminar, de nuevo para adentro. Lucía me da la mano y me la aprieta.

—¿Y cómo se llama?

—¿Qué cosa?

—El protector de los rayos X.

Lucía tarda en responder, tanto que ya llegamos con mamá, y me abraza demasiado, tanto que no escucho bien. Creo que dice “protector radiológico”, y la saludo con la mano antes de se vaya y no sé si me ve.

Tardan un rato en llamarme. Espero sentada, no corro, y entro sola. Me ponen algo pesado sobre el pecho y me quedo quieta, como me dijeron. No siento nada y sonrío. No me pasó nada y me animé. Dejo de apretar la boca, el susto se me va tanto que me empiezo a reír. Me duele la panza de la risa. Casi que pido hacérmelo otra vez.

## SILENCIO EN TONOS AZULES

### ***Mención***

Autor: Noelia Belén Ludueña

Seudónimo: Luz Cuestaz

“Yo doy vuelta una manija”, contestaba mi papá cada vez que alguna de sus hijas le preguntaba por su trabajo en el reactor. Era una respuesta que nacía no solo de su humildad, sino también de la rutina de lo cotidiano. Él era un hombre trabajador, responsable y meticulado, que se esforzaba por ser metódico y en hacer las cosas bien. Durante catorce años, su labor estuvo hecha de pasos precisos, reglas y protocolos de seguridad, impresos en un manual de hojas amarillentas y descoloridas.

La rutina, pensé después, es como un partido de tenis: la pelota se mueve de un lado a otro, constante y predecible. El ritmo del día a día se acumula, se acepta y se vuelve costumbre, hasta que cada golpe se hace con confianza... y hasta con cierta desidia. Mi papá no sabía que un giro del destino le iba a mandar la pelota más difícil, una que no escuchó venir, pero que pudo ver. Fue un relámpago azul que duró menos que un latido. Un disparo sorpresivo, como el de un francotirador. Excepto que no hubo impacto, ni sangre, ni dolor. Eso vendría después. Pero ya en ese instante, él sabía que todo estaba perdido.

En el hospital parecía estar bien: no había heridas, no había sangre, ni vendas. Se mostraba callado y tranquilo como siempre lo había sido. Hasta daba la impresión de que, en cualquier momento, iba a levantarse de la cama y volvería a casa. Yo lo miraba y me gustaba imaginar que al día siguiente se iría a jugar al tenis al club, como era su costumbre los fines de semana. Después, nos llevaría al Colón a escuchar música clásica, y más tarde, con mamá, planearía las

vacaciones familiares. Su única preocupación iba a ser decidir si armábamos la carpa en Mar del Tuyú o en Gesell.

Por eso nos resultaba tan sorpresivo y confuso lo que nos explicaban los médicos: no había cura, no había tratamiento, no había solución. Una energía invisible lo destruía por dentro, sorda a nuestras plegarias e indiferente a nuestras lágrimas. Su destino era inevitable, solo era cuestión de tiempo. Dos giros de la Tierra. No le quedaba más.

¿Qué se hace después de semejante pérdida? ¿Cómo nos íbamos a rearmar? Si pudiera preguntárselo, sé que él me contestaría “ladrillo a ladrillo”, con la misma paciencia con la que levantó nuestra casa en San José de Temperley. Pero yo era apenas una chica, y al principio no quería entender nada. Aun así, me perseguían los ecos de susurros secretos en pasillos de muerte: moderador del núcleo, excursión crítica, absorción de energía ionizante. Papá nunca me explicó cosas tan complejas. Solo dejó en mi memoria esa frase repetida, girando como una maldición: “Yo doy vuelta una manija”. Lo decía con descuido, como si el peligro le pasara de largo, como si las consecuencias fueran un horizonte inalcanzable, siempre más allá de nosotros, hasta que lo alcanzaron.

Al principio era fácil culparlo. Encontraba un inmenso alivio en que nadie en el barrio supiera lo que había pasado. Así, no se alejaban de nosotras por miedo a la radiación, como aquella enfermera que no quiso ni tocarlo, como si fuera una bomba hecha carne. También era un alivio que nunca hubiera una nota en el diario, ni una foto suya en la televisión. Ninguna de nosotras quería vivir bajo la sombra de un legado invisible, tan dañino como la radiación misma: el estigma de ser la hija del hombre que se equivocó.

Para quienes sabían, era lógico y cómodo archivar su muerte como un caso cerrado, un veredicto doblado y guardado en un cajón polvoriento. Un accidente “de manual” y nada más. Él también se fue en silencio, sin quejas, como siempre, entonces me parecía justo que el mundo enmudeciera como respetando nuestro duelo. Pero con el tiempo aprendí a perdonar y ya no quise ser cómplice de ese silencio que no solo censuraba lo ocurrido, sino que además amordazaba su recuerdo. En realidad, callar era condenarlo a ser menos que lo

que fue. No era un error, no era una estadística, no era un nombre en un informe clasificado. Era mi padre.

Había una verdad incómoda que otros intentaron ocultar durante años: medidas de seguridad obsoletas, descuido institucional y falta de supervisión. Un error que fue suyo, sí, pero también de todo su entorno. El silencio puede esconder verdades, pero no enseña nada. Solo analizando los errores, esos que nos hacen humanos, se puede aprender y seguir avanzando.

Fue así que, únicamente décadas después, al fin grabaron su nombre en piedra. Pasé mis dedos sobre las letras, frías y ásperas. La memoria de mi padre seguía siendo más que ese homenaje: era el fotógrafo que inmortalizó hermosos momentos familiares, el amante de la música y del teatro, el entusiasta por el aire libre y la aventura, el tenista que aun en la víspera del accidente devolvía saques con precisión.

De él heredé muchas cosas. Sobre todo, una enseñanza que me persigue, ya no como una maldición, sino como un regaño cariñoso: hacer las cosas bien, con cuidado, con responsabilidad.

A veces cierro los ojos y lo imagino en la cancha. El sol cae en el horizonte, la raqueta descansa en su mano curtida y endurecida por el trabajo, y por un instante todo queda suspendido. El silencio pesa, amenaza con asfixiarme en los recuerdos que duelen. Entonces la pelota rompe el aire, y en su vuelo no hay destello azul, solo un disparo de luz, como una estrella en el cielo. Y me gusta pensar que, más tarde que pronto, voy a estar del otro lado de esa cancha. Que él me va a esperar con la misma paciencia con la que me enseñó a moldear mi futuro y que, juntos, compartiremos ese firmamento.

## FLUORESCENCIA

### ***Mención***

Autor: Sergio Emilio Muñoz Morales

Seudónimo: Águila Solitaria

Se sintió muy cansada ese día, más de lo habitual y no era para menos, habiendo cumplido hace pocas semanas más de cien años.

En medio de la penumbra de su vieja habitación, sus cansados ojos se posaron en algo que siempre le gustaba contemplar, desde muy joven, porque le traía remembranzas que de otra manera hubiesen sido casi insondables para su añosa memoria, la que, a pesar del paso del tiempo, se mantenía ágil e inquieta, llena de voces, imágenes y momentos inolvidables de un pasado lejano que revivía en silencio, muy en silencio siempre, sola, con sus recuerdos.

La pequeña copa de cristal de color verde amarillento que atraía su atención dormía desde su juventud sobre la mesita de noche, eternamente acompañada por una lámpara de luz negra que pese a los años todavía funcionaba y que, al encenderla por las noches, hacía brillar con su luz ultravioleta a la pequeña copa, dándole un hermoso tono verdoso fluorescente que ella adoraba, tanto como la primera vez que la vio, cuando apenas tenía diecinueve años.

Con tristeza recordó el momento en que Osvaldo, su esposo, se la había regalado... eran los dos muy jóvenes y estaban muy enamorados... él había conseguido empleo como obrero en una vieja mina de uranio y, en el pueblo cercano, trabajo para ella en una cristalería fina.

Le parecía que había sido solo ayer cuando lo vio entrar a la casa, buenmozo, feliz y radiante con su regalo cuidadosamente guardado en una hermosa cajita de madera labrada, y con la noticia esperanzadora de que por fin tendrían dónde vivir, trabajar y criar a su familia.

Ella ya estaba esperando su primer hijo y, como toda madre, le preocupaba que naciese sano, fuerte y no perderlo, como desgraciadamente ocurrió de manera muy prematura con él y con otro bebé que estuvo esperando, los que no lograron alcanzar a cumplir ni tres meses de gestación cuando el cielo se los llevó para siempre, muy lejos y más allá de las estrellas.

Los últimos rayos de luz del sol vespertino se colaban huidizos entre los árboles del jardín, mecidos por la fresca brisa del crepúsculo, proyectando una juguetona sombra sobre la casa y el pequeño riachuelo que serpenteaba por detrás; así es que María, dándose ánimo a pesar de la pena que sentía, se acercó a la ventana como siempre le gustaba hacerlo, para contemplar la naciente noche estrellada enmarcada en un firmamento despejado como pocas veces había visto... mirando ese hermoso cielo nocturno, profundo y oscuro, salpicado de luces titilantes en la lejana inmensidad, y pensó en su amado Osvaldo, fallecido tempranamente de cáncer pulmonar, y en los niños no nacidos, sumergiéndose todavía más en una profunda tristeza que la hizo derramar un par de lágrimas, que se apuró a enjugar con su pañuelo de seda y flores, que siempre traía consigo.

Suspirando resignada se alejó de la ventana y fue a sentarse a su cama a pensar, mirando su pequeña copa... ¿Habría tenido algo que ver ella en todas esas prematuras muertes?... ¿O todo fue culpa de la radiación de la cercana mina de uranio, como le dijeron en su momento los médicos?

Nunca pudo despejar esas terribles dudas que siempre la atormentaron; todo ocurrió allá por 1923, y se sentía desde entonces embargada con un sentimiento de culpabilidad injustificada ante su desconocimiento, sobre todo al no poder haber hecho nada para evitar el desastre que la llevó a enviudar muy joven, y a perder a sus dos primeros hijos precozmente durante sus embarazos.

La animó recordar a Emilio, su tercer hijo, que sí nació, fuerte, sano y deportista, además de muy inteligente, y que se dejó llevar por la vocación de servicio y se hizo médico.

Emilio era todo su orgullo y motivo de satisfacción por la misión cumplida, ya que tuvo que criarlo y educarlo sola ante la partida prematura de Osvaldo, y porque además era un buen hombre, según ella decía, a pesar de que desde

hacía varios años jamás iba a visitarla, aun sabiendo que ella casi nunca salía de la casa.

Ocupado estará —lo justificaba ella—, sé que algún día vendrá, y al menos me llama por teléfono para las fiestas de fin de año —le decía a la empleada que su hijo había contratado para que la ayudase en sus quehaceres cotidianos y la cuidase... a pesar de que, más que eso, la mujer se dedicaba a robarle sistemáticamente, cual hormiga, todos los objetos de valor que atesoraba desde su juventud para venderlos y obtener dinero, y ya había puesto sus ojos en su querida copa fluorescente, algo que María todavía no sabía.

La vieja casa en que vivía estaba ubicada en las afueras de la ciudad, en una bucólica zona campestre, toda de madera y el piso también, que mostraba en sus agrietados tablones el paso inexorable de los años, dejando ver parte de las rocas de la base de la construcción, que curiosas se asomaban por entre las maderas del suelo, con trazas de humedad que María atribuía al riachuelo cercano.

Sí, la casa además era un poco húmeda y tendía a formarse moho en las esquinas, que ella se apuraba en limpiar, como podía, así como a desempañar frecuentemente los cristales de las ventanas que, empavonados con la condensación, le impedían ver su hermoso jardín de rosas y claveles, que tanto amaba.

Le preocupaba lo que le había dicho su hijo la última vez que la llamó, y que era que debía dejar su vieja casa... ¿Y a dónde se iría?... Él le sugirió que podía comprarle un departamento dentro de la ciudad, cercano a donde él vivía... ¿Y qué pasaría con su querida casa, con su amado jardín, y con las noches estrelladas del campo?... La inquietud no la estaba dejando dormir los últimos días, así como lo que le había dicho su médico en el último control que se hizo, y que no quiso contarle a su hijo... Él le había insistido que debía estudiarse la causa de la tos persistente que la aquejaba... ¿Y si era un cáncer, como el que le arrebató a Osvaldo?

Ella quería vivir, no se sentía vieja y decía que todavía le quedaba mucho por ver y hacer, así es que lo pensó bien y, decidida, volvió a la semana siguiente donde su médico, quien le indicó una serie de exámenes de imágenes que ella no

entendía, pero que le dijeron eran fundamentales para saber qué tenía y cómo mejorarla.

—¿Y esos exámenes son con rayos, doctor? —le preguntó ella, inquieta—. ¿No será peligroso para mí que, como usted sabe, siempre estuve muy expuesta a la radiación en mi juventud, junto con mi familia?

—No se preocupe, señora María —le contestó el doctor—, la medicina ha avanzado mucho y a diferencia de antaño, cuando simplemente no se sabía, en la actualidad se toman una serie de precauciones estandarizadas y normadas, basadas en estudios y evidencia científica seria, para proteger tanto a los pacientes como al personal de salud, minimizando así los riesgos derivados del uso de rayos, como usted dice, que en el fondo es radiación ionizante potencialmente cancerígena, si no se usa adecuadamente y sin las precauciones debidas... Y, a la vez, se norma y estandariza el uso correcto y beneficioso de esta radiación para ayudar a la salud de las personas con exámenes, como la Tomografía Axial Computada de tórax que le voy a pedir, y tratamientos derivados de ella, como la Radioterapia estereotáxica... Eso es el alma de la Radioprotección, que es como se llama la disciplina encargada de todo esto, y que además se preocupa de los lineamientos a seguir en materia de prevención medioambiental con relación a las radiaciones ionizantes de distinto origen, y el daño que estas puedan provocar en el ser humano —continuó explicando entusiasmado—, como los rayos cósmicos, que afectan sobre todo a astronautas, pilotos y tripulaciones de aviones; el gas radón, al que estamos expuestos en todas partes, como en edificios y construcciones no ventiladas y mal aisladas del suelo... los niños en el colegio... las personas en diversos trabajos tanto de oficina como fuera de ellas, por ejemplo los mineros de uranio... y otras fuentes de este gas, como cursos de agua, ríos, lagos, etcétera. Pero sobre todo está presente en nuestros hogares, que es donde pasamos más horas, y peor si ventilamos mal las habitaciones, si tenemos filtraciones de gas desde el piso mal aislado del suelo, y todavía peor si estamos encerrados todo el tiempo, como en la reciente pandemia... ¿Qué le parece, señora María?

—Muy interesante, doctor, no sabía nada de todo esto —respondió ella, luego de escucharlo atentamente—. Y dígame, doctor, ¿es posible entonces que la causa de muerte por cáncer de pulmón que sufrió mi marido muy joven haya sido que estuvo expuesto al gas radón dentro de la mina de uranio, donde trabajaba?... Él jamás fumó, pero tenía los pulmones destruidos cuando nos dejó.

—Claro que sí, señora María, lo más probable es que el radón de la mina de uranio haya sido el responsable —le respondió el doctor—. Es más, se sabe ahora que el radón es la segunda causa de cáncer de pulmón en el mundo, siendo reconocido como carcinógeno tipo 1, es decir, causa directa de ese tipo de tumor... Y peor si uno fuma, porque el riesgo se potencia —concluyó el doctor.

—Mire usted, qué tarde se llegan a saber las cosas, a veces... Pero, en fin, es mejor saberlas ahora que nunca... Se lo agradezco mucho, me quedó todo muy claro —respondió María, pensativa—. Lo que sí nunca vamos a saber —agregó— es por qué perdí a mis dos primeros hijos... Pero ya está, mejor no sigo recordando porque me va a entrar la pena de nuevo y no quiero importunarlo con mis lamentaciones.

—No se preocupe, hágase lo que le pedí y viene... No deje de cuidarse... y ventilar su casa —terminó el doctor.

María volvió a su casa preocupada, pensando en lo de su tos que arrastraba desde hacía varios meses, y lo de las maderas del piso de su casa que, así como dejaban ver las piedras del suelo en ciertas partes, evidentemente también permitirían la filtración del radón que ella inhalaba sin saberlo todo el día, encerrada como estaba habitualmente, siempre en su vieja casa.

Se puso a leer más del tema y descubrió que su querida copa fluorescente era inocente de cualquier culpa... Afortunadamente nunca bebió nada en ella, pero para evitar riesgos innecesarios, y enferma como estaba, prefirió desde entonces dejarla descansar sobre la mesa central de la sala, un poco más lejos de donde siempre ella se encontraba.

A la semana siguiente fue a hacerse el examen de imágenes que le indicó el doctor, y pudo experimentar en persona lo que él le había contado: el personal de rayos con contadores de radiación en sus solapas... chalecos plomados de protección... biombos plomados... puertas plomadas... carteles de aviso de precaución, sobre todo a embarazadas por presencia de radiación ionizante... etcétera. ¿Por qué no era así cuando ella era joven, y fue tantas veces a buscar a su amado Osvaldo a la mina, para volver juntos a casa concluida la jornada laboral, exponiéndose sin saberlo a la radiación?

Volvió al doctor con el examen ya hecho, quien le dio la mala noticia de que, al igual que su marido, había desarrollado un cáncer de pulmón, y que por su avanzada edad era riesgoso operarla... Pero también le dijo que no se angustiara, ya que la lesión era pequeña y localizada, así es que iba a tratarla con una forma especial de Radioterapia estereotáxica, llamada de Intensidad Modulada, que focalizaba la radiación ionizante destruyendo solamente la lesión y minimizando el daño colateral en tejidos y órganos circundantes.

Ella, sorprendida ante tanto avance, le pareció genial, aceptó de inmediato e inició sus sesiones pronto, con el maravilloso resultado de que se mejoró completamente con remisión completa del tumor y sin signos de diseminación a distancia, como certificaron las imágenes de control que se hizo después. Esta noticia la recibió felizmente justo en el siguiente aniversario de matrimonio con su esposo, coincidencia celestial que no le dejó dudas de que él, como siempre, estuvo junto a ella, acompañándola como se lo había prometido hacía casi ochenta años cuando partió, permitiendo su recuperación y completa mejoría.

Y pasaron muchísimos años más y María vivió feliz en su casa y nunca más enferma, fiel a sus controles médicos y seguimiento radiológico, increíblemente fuerte pese a sus años, sobreviviendo a todas y a todos, incluso a su único hijo al que enterró con dolor, así como a los anteriores, hasta que se durmió para siempre en los brazos de Osvaldo, cuando vino a buscarla para estar juntos, para siempre.

Y quiso el destino que la pequeña copa de cristal verde amarillento, esa que se ponía verde fluorescente bajo la luz ultravioleta, terminara junto a su

lápida para siempre luego de haber sido robada por su antigua empleada quien, ignorante y asustada, la devolvió a su antigua dueña, al creer que aquella brillante fluorescencia que tenía no podía ser otra cosa que una luz del diablo, o que estaba poseída por el espíritu de María, que nunca iba a abandonarla.



**Sociedad Argentina de Radioprotección**  
**Premio Literario SAR 2025**

La SAR acordó crear el “Premio Literario SAR 2025”, para celebrar su 60º Aniversario

*Género:* relato vinculado a los objetivos de la protección radiológica

*Fecha de cierre:* 21 de septiembre 2025

**BASES**

***Primera***

Las obras deberán estar escritas en idioma castellano. El tema de las obras es libre, con la única condición de que deberán estar vinculadas a los objetivos de la protección radiológica e incluir como tema las radiaciones ionizantes o considerar un escenario que las incluya.

***Segunda***

La participación es sin límites de edad, con la condición de que los menores de 18 años deberán adjuntar la autorización del progenitor. La participación es gratuita.

***Tercera***

Los relatos deberán ser originales, inéditos y no premiados en ningún otro tipo de concurso.

***Cuarta***

Las obras tendrán una extensión máxima de diez carillas de un archivo Word, letra Times New Roman, número 12, interlineado doble espacio, hojas tamaño A4 numeradas.

***Quinta***

Las obras serán enviadas únicamente al correo: radioproteccionsar@gmail.com como dos archivos adjuntos dentro de un mismo mail. El asunto del mail deberá ser “Premio Literario SAR 2025”.

Archivo 1 titulado “Seudónimo”, en el que constarán:

Nombre y apellido/ Documento de identidad/ Fecha y lugar de nacimiento/ Lugar de residencia/  
Teléfono de contacto/ Autorización, en caso de ser menores de 18 años.

Archivo 2: Obra con título y firmada con seudónimo.

***Sexta***

El plazo de recepción de las obras será el 21 de septiembre de 2025 a las 24:00 horas de Argentina.

***Séptima***

El jurado evaluador estará integrado por Marina Di Giorgio, Ana María Vara\* y Rubén Novo.

---

\* Ana María Vara se excusó de integrar el jurado y fue reemplazada por Antonio Oliveira.

### ***Octava***

El dictamen del jurado se conocerá el día 30 de noviembre y será inapelable. No se mantendrá ningún tipo de comunicación entre los participantes y los organizadores del concurso. Tampoco se acusará recibo de las obras.

Los autores premiados serán notificados por correo electrónico u otro medio fehaciente. Las novedades se informarán a través de la página WEB de la Sociedad Argentina de Radioprotección. Si en el plazo de diez días no se logra localizar al premiado o premiada mediante los datos personales facilitados, el premio recaerá en el siguiente relato mejor calificado por el jurado.

### ***Novena***

La entrega de premios se realizará en fecha a confirmar durante diciembre de 2025.

Se entregarán los siguientes premios:

Primer premio \$300.000 pesos;

Segundo premio \$ 200.000 pesos;

Tercer premio \$100.000 pesos.

El jurado podrá, a su criterio, otorgar menciones sin asignación de dinero.

El jurado podrá declarar desierto uno o más premios.

En caso de que los ganadores o alguno de ellos sea socio de la SAR, se le bonificará la cuota societaria durante el año 2026.

### ***Décima***

La participación en el concurso implica la aceptación de las bases. Los ganadores autorizan a la Sociedad Argentina de Radioprotección a publicar sus obras en las redes sociales de la Sociedad.



